

ESTUDIOS



AÑO II

JUNIO DE 1934

NUM. 19

INDICE

	Págs.
LA ESTERILIDAD VOLUNTARIA EN LAS CLASES ALTAS	1
LA MORALIDAD DE LA PROPAGANDA CINEMATOGRAFICA EN LOS DIARIOS, por Julio Jiménez, Pbro. ✓	3
PALESTINA, por Ramón Subercaseaux	8
LA DESORGANIZACION SOCIAL, por Carlos Silva Vildósola ✓	15
CONVERSIONES DE ARTISTAS, por Carlos Hamilton	21
LOS VALORES ESPIRITUALES Y MORALES DESPUES DE LA GRAN GUERRA (conclusión), por Ricardo Montaner Bello ✓	23
LA MUJER Y LA VERDAD RELIGIOSA, por P. Martín Gillet	31
EL CARACTER ETICO DE LA ECONOMIA POLITICA (conclusión), por A. Brucculeri, S. J. ✓	34
REVISTA DE IDEAS Y DE LOS HECHOS, por J. E. G.	

“ESTUDIOS”

REVISTA MENSUAL

Fundada por el Centro de Estudios Religiosos

OFICINA: AHUMADA 360

CASILLA 2081 - TELEF. 88573

SANTIAGO

SUSCRIPCION:

UN AÑO..... \$ 18.00

NUMERO SUELTO..... „ 1.60

Abeleida y Pinedo

IMPORTACION DE ARTICULOS ELÉCTRICOS

Instaladores autorizados por la Dirección General de Servicios Eléctricos

Selecto surtido en lámparas de comedor, escritorios, salón, hall, oficinas y casas comerciales, de las mejores fábricas europeas.

PRESUPUESTOS DE INSTALACION DE LUZ Y FUERZA MOTRIZ

Taller especial para arreglos de toda clase de artefactos eléctricos en general

MONEDA 887 — TELÉFONO 86848 — CASILLA 448 — SANTIAGO

SOMBRERERIA CAPELLARO

CALLE AHUMADA 367 — CASILLA 1891 — SANTIAGO

Ofrece a Ud. el más selecto surtido en toda clase de Sombreros, Corbatas, Guantes, Pañuelos, Paraguas, Tirantes, Ligas, etc. etc

LIQUIDA TODA LA EXISTENCIA DE SOMBREROS BORSALINO A \$ 125.—

El mejor sombrero nacional, forma Gales, en todos los colores imaginables al precio de \$ 40. — Ofrece a Ud. en su Sección Especial sombreros para el Clero, confeccionándolos sobre medida al gusto más exigente.

SE ATIENDEN PEDIDOS DE PROVINCIAS.

ESTUDIOS

PUBLICACION FUNDADA POR EL
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE
CASILLA 2087 - SANTIAGO DE CHILE

Año II

Junio de 1934

Núm. 19

LA ESTERILIDAD VOLUNTARIA EN LAS CLASES ALTAS

El gran problema del incremento de la familia preocupa hoy en Italia tanto a los jefes de la Iglesia, como a los jefes del Estado.

El gobierno de Mussolini ha establecido una donación a las personas de escasos recursos que contraigan matrimonio y premios en dinero por cada hijo que nazca.

Una Liga católica trabaja a la vez por difundir los principios de moralidad que favorecen el incremento de la población y contrarrestan las doctrinas, ahora en boga en tantas naciones, de que los hijos son un objeto de lujo para el rico y un peso insoportable para el proletario.

Un artículo de "L'Osservatore Romano", aplaude las francas declaraciones de Mussolini al respecto, en las que censura la esterilidad voluntaria de las altas clases sociales.

Dice así el órgano del Vaticano: "El último discurso del Jefe del gobierno italiano ha resumido, en una frase la convencida, vivaz e insistente protesta que suscitan aquellas inmorales teorías destructoras de la patria y de la sociedad. "En los países—ha dicho—en que más ha descendido artificialmente la natalidad, la crisis actual se hará crónica. Porque este **envilecimiento moral**, ya que así debe llamarse, va agotando allí no a las clases modestas y trabajadoras, sino en desproporción creciente a las clases llamadas dirigentes de la sociedad, apesar de que éstos casi no tienen preocupaciones de orden material".

"Aquellas palabras de **envilecimiento moral**—agrega "L'Osservatore Romano"—caen directamente como una bofetada sobre los que alegan pretextos para mantenerse en una esterilidad que se disfraza de previsión económica y social, pero que solo se inspira y sostiene realmente en propósitos egoistas y de mundana comodidad; el homenaje rendido por Mussolini al pueblo, al trabajador que es jefe de familia aun numerosa, viene como complemento a colocar con franqueza en su terreno verdadero una cuestión que pierde de este modo su engañosa apariencia económica y se convierte en puramente ética".

"Porque si así no fuera, allí donde más se sufre de restricciones pecuniaras se habría ido extinguiendo el clamoreo de los niños para ir a resonar en cambio en las mansiones de los afortunados; pero lo opuesto es lo que sucede".

"Donde la conciencia es rica en virtudes, por pobre que sea el hogar, este se transforma en un nido de alegría".

La "Liga Eucarística" obsequia en Italia a los recién desposados un li-

breto nupcial en el que se exponen estas salvadoras ideas, que son la expresión del viejo mandato divino: "creced y multiplicaos".

Y solamente cumpliéndolo se liberrarán las llamadas clases superiores de tanto países, y del nuestro entre ellos, de la catástrofe suicida a que van estas ciegameamente encaminándose con el sistema de la restricción de sus vástagos que ha de ir aminorando cada vez más sus legítimas influencias.

EL SOVIET TIENE SU PIE EN CHINA

Se celebró en este año hace poco el XVII Congreso del partido comunista en Moscú y allí el delegado del partido comunista chino hizo declaraciones, en presencia de Stalin, que revelan, sin disfraces, los propósitos bolcheviques.

Los encuentros armados de hace dos años, pudieron detener el avance del Soviet hacia el corazón mismo de la China, pero no lograron expulsarlo totalmente de ese inmenso país. "El territorio soviético ahí organizado — dijo en el reciente congreso el delegado comunista chino — ocupa en este momento 981,255 kilómetros cuadrados, es decir un territorio más grande que el de Francia, Alemania, etc."

El actual gobierno soviético chino se rige por las mismas leyes — si así pueden llamarse — que tienen oprimida a la vieja Rusia. Para que no quede duda de ello el camarada chino Van Min recalcó el hecho de que "los ciudadanos ya han recibido las tierras confiscadas a los propietarios" y agregó que se piensa liquidar "en una lucha decisiva y cruel" toda organización contrarrevolucionaria, para lo cual se cuenta con un disciplinado ejército ruso-chino.

Todo esto consta de la versión del último congreso comunista pansoviético que aparece en el diario moscovita Pravda.

El camarada chino concluyó diciendo enfáticamente que se trataba de un hecho de una importancia mundial e histórica que no podrían contrarrestar el Japón, ni Hitler; que las antiguas predicciones de Stalin, ahí presente, se cumplirían fielmente, estendiéndose la revolución armada a toda la China y luego a Europa y al Asia entera, aplastando violentamente a los gobiernos burgueses.

Entre tanto la nueva diplomacia oficial del gran dictador Stalin se empeña en afirmar en estos momentos, en Europa y Estados Unidos, que Rusia es un gran amigo de la paz mundial, que aborrece el militarismo conquistador y sólo se preocupa "de la prosperidad de sus negocios externos".

EL SACERDOCIO CATOLICO EN ESTADOS UNIDOS

Existen en Estados Unidos 93 Seminarios mayores repartidos en todo el territorio.

Las ordenaciones sacerdotales fueron 1.011 el año antepasado, que es el último de que se ha publicado estadística.

Los dos tercios de los sacerdotes ordenados anualmente pertenecen al clero secular y el tercio restante a las órdenes religiosas.

Julio Jiménez, Pbro.

Profesor de Filosofía del Seminario de Santiago.

LA MORALIDAD DE LA PROPAGANDA CINEMATOGRAFICA EN LOS DIARIOS

Todas las conciencias honradas lamentan la desenfadada propaganda hecha en los diarios a películas inmorales, que van minando sin descanso no sólo la vida cristiana, sino hasta el mismo criterio moral, aún de los que se creen piadosos: todos están de acuerdo en que esto es un mal gravísimo. Pero el acuerdo no es tan completo cuando se desciende a hacer la apreciación moral de esa propaganda, pues no faltan algunos católicos que la excusen como necesaria para asegurar la vida económica de los diarios y, junto con ella, los mayores bienes (?) que de ahí se siguen.

En toda esta argumentación y en otras por ese estilo, se transparenta falta de conocimiento profundo de los principios teológicos y, como consecuencia, aplicaciones de ellos enteramente arbitrarias; además, hay confusión de unas cuestiones con otras totalmente diversas en el campo moral (aunque para la imaginación resulten parecidas). En una palabra, hay falta de método científico para estudiar el problema.

Por eso lo más urgente es hacer la debida distinción entre las varias cuestiones que se suman en el problema total y, una vez distinguidas unas de otras, resolverlas a la luz de los principios teológicos; esto hay que hacerlo escalonadamente, comenzando por las cuestiones básicas que ya deben estar resueltas para que sea posible resolver otras. En estos breves apuntes sólo intento hacer esa distinción y resolver la última de las cuestiones sucesivas, o sea, la que no supone ninguna otra dentro de este terreno; si por lo menos en la solución de ésta todos estuviéramos absolutamente concordes, se habría dado un gran paso, que por sí solo tendría consecuencias prácticas inmediatas, fuera de dejar expedito el camino para un acuerdo más completo.

A.—Ante todo hay que descartar el problema económico de si es o no posible que un diario viva sin esos avisos; la razón es muy sencilla: este problema supone ya resuelto el problema moral de la licitud de esa propaganda y, por tanto, este otro problema, el moral, debe ser resuelto previamente. Lo supone porque es falsa la máxima masónica de que el fin justifica los medios: todos los católicos decimos lo contrario: "non sunt faciendā mala ut eveniant bona, no es lícito hacer lo malo, aunque se dirija a un fin bueno"; por consiguiente, si en sí es ilícita esa propaganda, siempre lo será, cualquiera que sea el fin intentado y cualquiera su necesidad para este fin. Si es ilícita y no hay otro medio de vida, quiere decir que no hay ningún medio lícito de vida; nada más... Es como si alguien no pudiera hallar otro medio de vida que asesinar: no por eso le sería lícito asesinar. ¿Debería entonces el diario renunciar a vivir? Si no halla otro medio, debería renunciar; esto será todo lo heroico que se quiera, pero sería obligatorio, porque sería la única forma de no hacer lo ilícito. ¿Qué se seguirán grandes y mayores males? Pues, que se sigan; qué le vamos a hacer si lícitamente no podemos impedirlos: es como si sólo pudiera evitar un pecado mortal del prójimo cometiendo yo uno venial: debo permitir

el mortal, porque cometer el venial no puedo lícitamente: "non sunt facienda mala ut eveniant bona". Como se ve, el problema económico para ser resuelto lícitamente, supone ya resuelto el otro problema previo de la licitud de esa propaganda, que si es ilícita no se puede emplear por ningún fin.

B.—La licitud de un medio depende de dos factores: del medio en cuanto es medio (o sea, en cuanto se le endereza a tal fin) y del medio en cuanto es en sí una acción determinada intrínsecamente por su objeto y circunstancias propios (a que sólo extrínseca y posteriormente se le agrega la ordenación al fin). El primer factor comunica al medio la moralidad del fin, puesto que el medio en cuanto tal se elige por razón del fin y en éste encuentra su apetecibilidad; pero (prescindiendo de lo que en sí es indiferente) ésta no es la única ni menos la primaria moralidad del medio, puesto que éste intrínsecamente, sin considerar su ordenación al fin, ya tiene moralidad específica definida por su objeto y circunstancias, de tal modo que si intrínsecamente es ilícito, no dejará de serlo porque no lo sea considerado sólo en su ordenación al fin. Por consiguiente, antes de considerarlo como medio, está el problema previo de su licitud intrínseca como acción determinada en sí misma; dejando, pues, aquello, continuemos el examen de la licitud de la propaganda de películas inmorales, considerada en sí misma, en sus solos elementos internos.

C.—Si para esta propaganda se publican grabados pornográficos, se suma un nuevo problema al que vamos considerando, o sea, hay dos diversos: uno, el de la misma publicación de grabados que son en sí mismos ocasión de pecados (y este problema es exactamente igual ya se trate de propaganda cinematográfica o comercial cualquiera que sea, ya de fotografías de la "Vida Social" en época veraniega, ya de obras de pintura o escultura, etc.); el otro problema, el que vamos considerando, es el de esta propaganda de películas inmorales precisamente en cuanto es propaganda. Dejado el primero, continuaremos tratando sólo de este último. Lo mismo que de los grabados pornográficos hay que decir de los comentarios obscenos, o que defienden el divorcio, el adulterio, etc.: hay dos problemas: el de difusión de ideas inmorales y el de propaganda cinematográfica en cuanto tal: se trata en adelante sólo del segundo.

Entendiendo la propaganda en sentido amplio, podemos distinguir diversos casos, que vamos a enumerar en orden descendente de moralidad.

D.—El primero sería la simple información de que tal película inmoral va a ser proyectada en tal teatro; se puede subdividir este caso en tres, según que:

- 1) se dé el juicio moral adverso,
- 2) se calle acerca de este punto, o
- 3) se engañe diciendo que la película es moral.

E.—Otro caso diverso sería el de recomendación o excitación a asistir, fundada en los valores artísticos etc., que pudiera tener la tal película inmoral; como en el anterior, se pueden dar los tres casos de:

- 1) expresar el peligro moral que hay,
- 2) callarlo, o
- 3) engañar diciendo que no existe.

F.—Por último, se puede dar la **excitación a asistir a la película inmoral, precisamente porque y en cuanto ésta ofrece ocasiones de pecado, o sea, en cuanto es inmoral, precisamente por serlo.**

Este último caso es el único que vamos a considerar aquí en cuanto a su moralidad intrínseca; y para que no se crea que que es teórico o muy raro, ante todo veamos que el caso se da con frecuencia.

1.—La forma concreta que reviste una gran parte de la propaganda cinematográfica en nuestros diarios, consiste en ilustraciones, comentarios y descripciones que den la sensación de que la película ofrece amplio pasto a la sensualidad; en cuanto **propaganda**, por consiguiente, **atrae dando la sensación de que la película presenta ocasiones de pecado, o en otras palabras, excita a asistir porque y en cuanto esa película da lugar a satisfacer la sensualidad: esto es objetivamente esa propaganda, en sí misma y, por tanto, esto es lo que se hace al hacer esa propaganda.** Declararse “en la imposibilidad de calificar la mayor o menor conveniencia o inconveniencia de las películas cuyos avisos se publican”, no impide que se haga **lo que se hace**, o sea, atraer a esas películas porque y en cuanto son ocasiones de pecado: la acción es ésta y por tanto, si se hace esta acción, se hace esta acción, por más que se diga no querer hacerla o no saber si se la hace (1); se diga lo que se diga, esa propaganda sigue siendo lo que es: si se quiere de veras que no sea eso, no hay otro medio que **no hacer eso**; porque si se lo hace, **eso se hace**. Lo mismo hay que decir de los **motivos subjetivos** para hacer esa propaganda: podrán ser cualesquiera, pero la acción que se hace es ésta, atraer a la **película, porque ésta es ocasión de pecado, de satisfacer la sensualidad: ésta es la entidad moral objetiva, sean cuales fueren los motivos subjetivos que haya para hacerla.** Pongamos un ejemplo de otro orden: el mentir es siempre mentir, aunque yo no elija la mentira por el gusto de mentir, sino por otro motivo y aun por un motivo bueno: este motivo que yo tengo es el **fin subjetivo** de mi acción, pero **no altera mi acción** en sus elementos objetivos: ésta continúa siendo una mentira. Igualmente en nuestro caso: excitar a asistir a una película **porque ésta presenta escenas licenciosas, mujeres desnudas, etc. es excitar a asistir porque es ocasión de pecado; los motivos subjetivos** podrán ser los que se quiera; pero la acción misma es ésta, **atraer porque y en cuanto es ocasión de pecado.**

ser. Si no, cualquier corto de vista podría lícitamente disparar sobre un bulto que divisa, por el hecho de no ver si es hombre o cosa: estaríamos lucidos.—Cfr. **Probabilitas facti** en “Revista Católica” 2—IV—1932, pg. 326-340.

Según ya dijimos (párrafos A y B) no estudiamos aquí la moralidad del fin subjetivo, sino la de la acción objetivamente considerada; si ésta en sí es intrínsecamente ilícita, no pasa a ser lícita porque el fin lo sea, pues “non sunt facienda mala ut eveniant bona, el fin bueno no hace buenos los medios que en sí son malos”.

(1) Es evidente que **hablamos objetivamente**. Por lo demás, aun subjetivamente ese criterio es sumamente curioso: por el hecho de no saber qué es lo que se hace, creerse autorizado para hacerlo! No, hombre! si no sabe lo que va a hacer, no puede hacer nada; porque si algo hace, contrae toda la malicia de lo que eso podría

2.—Atraer a algo porque y en cuanto esto es ocasión de pecado, es intrínsecamente ilícito; en efecto, es escándalo directo.

Ante todo, para evitar confusiones advirtamos (aunque la cosa es evidente) que estamos en el terreno objetivo; es claro que si alguien no advierte la malicia objetiva de un acto o por conciencia errónea lo cree bueno, no comete pecado formal o subjetivo — y esto es igual en cualquiera materia; — pero aquí no tratamos de lo que se debe a inadvertencia o a conciencia errónea, sino sólo de la moralidad objetiva de la acción, moralidad a que debemos conformarnos para que nuestra conciencia sea recta, o sea verdaderamente cristiana.

Notemos también que “para contraer alguna malicia no es necesario intentarla en sí misma, sino que es suficiente hacer voluntariamente aquello a lo cual está unida esa malicia” (1); porque el precepto negativo de no hacer lo malo obliga *semper et pro semper* y por consiguiente cualquiera que sea la razón por la que se hace aquello que tiene unida a sí alguna malicia o sea que es malo, se viola el precepto de no hacer lo malo. Por lo demás, el mal en cuanto tal no es objeto de la voluntad, sino sólo en cuanto está unido a algún bien y por tanto es absurdo elegirlo en cuanto mal: sólo se le elige en cuanto está unido al bien elegido. En una palabra la acción es mala por el hecho de contener un aspecto malo, aunque no sea éste el buscado por razón de sí: “*bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*”.

Hecha estas advertencias, entremos en materia. Se llama escándalo directo aquél en que se intenta que el prójimo peque; nada importa que esto no se haga por deseo de la ruina espiritual del prójimo, sino por buscar la propia utilidad, el deleite, etc.: estos aspectos favorables por los que se elige esa acción, sólo evitan que el escándalo sea directo diabólico; pero no, que sea simplemente directo: para éste basta que de hecho se intente el pecado del prójimo, aunque sea en otro aspecto y por otros fines; o sea, basta que la acción, objetivamente según sus elementos internos, consista en intentar que el prójimo peque.

Pueden bien, esto hay objetivamente en la acción de atraer a las películas inmorales en cuanto y porque son ocasión de pecado: en efecto, atraer al prójimo a una ocasión de pecado precisamente porque y en cuanto es ocasión de pecado, objetivamente es intentar que el prójimo peque: lo cosa es evidente y casi tautológica, pues la ocasión de pecado es tal precisamente porque constituye un peligro de pecar; y llevar a ese peligro de pecar precisamente porque es peligro de pecar, es objetivamente intentar que peque: basta fijarse en los términos para tener la evidencia. Esto es objetivamente, considerándola en sí misma, la acción de atraer a la ocasión de pecado precisamente porque y en cuanto es tal: sean los que sean los motivos de hacer esto, y el aspecto bajo el cual esto sea elegido, siempre es esto, lo mismo, con su entidad moral objetiva de escándalo directo; intrínsecamente ilícito, por tanto y con ilicitud grave, porque el pecado del prójimo que se intenta es grave; y es ilicitud grave no sólo contra la castidad porque ésta es la virtud que se intenta hacer violar por el prójimo.

Nótese que la acción de los diarios debe, según la nomenclatura corriente en Moral, ser considerada como la acción misma y no como cooperación; pues ambas se distinguen tomando por base la ejecución externa, de tal modo que son cooperaciones las que rodean a ésta, aunque tengan la iniciativa; por eso el mandato (*jussio*) es considerado cooperación. Sin embargo, si se quiere hablar

(1) Suarez “De Charitate”, d X, s II n, 3 (ed. Vives, XII, 723).

en sentido inusitado aunque más filosófico, y llamar acción a la de la causa principal, primera responsable y que lleva a la iniciativa aunque sea como simple mandante; y cooperación a las de todos los demás que son sus instrumentos en la ejecución; en este caso, digo, no cambian ni el problema ni su solución, pues los diarios serían cooperadores pero inmediatos y formales (porque su cooperación contiene objetivamente la misma malicia que la acción principal o sea la excitación a la ocasión de pecado en cuanto tal) y por tanto la ilicitud sería la misma que ya dejamos determinada.

En resumen: la propaganda cinematográfica en la mayoría de los casos atrae a ver las películas precisamente en cuanto presentan materia a la sensualidad, en cuanto son ocasiones de pecado; esto es objetivamente escándalo directo o sea intento de hacer pecar al prójimo y por tanto intrínseca y gravemente ilícito; por consiguiente esto no se puede hacer lícitamente, cualesquiera que sean los fines que con esto se persigue.

Pero no sólo es ilícito, sino que resulta absurdo pretender difundir la verdad cristiana en los diarios si el dinero se obtiene haciendo labor anticristiana en esas mismas páginas: lo que inexorablemente resulta es la desintegración de la sociedad cristiana, fin perseguido por el judaísmo internacional, que controla el cine y que usa de nosotros como de instrumentos dóciles y con frecuencia inconscientes: esta inconsciencia podrá excusar a veces de pecado formal o subjetivo, pero no impide que la acción sea objetivamente mala ni que produzca necesariamente sus efectos anticristianos. Ojalá, pues renuncien los católicos a estos procedimientos intrínsecamente ilícitos y busquen con mayor confianza en el amor de nuestro Padre Celestial, caminos rectos, aunque sean más ásperos.

RESURGIMIENTO DE LA PRENSA CATOLICA ESPAÑOLA

Un hecho revelador de la nueva conciencia de los católicos de España, lo ofrecen los notables y continuos progresos hechos por la prensa diaria.

Muchos de los diarios católicos han quintuplicado y hasta decuplicado su tiraje. "El Debate", de Madrid, se ha convertido en el periódico tal vez más difundido y más apreciado de toda España. Aparece con 10 y a veces 24 páginas y en varias ediciones diarias.

En estos días "El Debate" ha adquirido una nueva rotativa Walter Scott, que imprime 60 mil ejemplares de 40 páginas por hora.

Esta magnífica máquina, que es de las más potentes que existen en el mundo, imprime en una hora 14 toneladas y media de papel.

No menos halagador es el desarrollo de la prensa católica en las provincias.

Todo esto a pesar de que la prensa católica desde hace años, fué atacada por una encarnizada, insistente y sistemática persecución.

Ramón Subercaseaux

PALESTINA^[1]

INTRODUCCION

¿Quién no ha sentido alguna vez la buena tentación, el deseo de visitar y conocer los sitios donde tuvo su asiento la historia sagrada que estudiamos cuando éramos niños? ¿Quién no ha experimentado en sus adentros una cierta envidia del hombre que hizo el relato de sus viajes en Oriente, y habla del Santo Sepulcro de Jerusalén, del Calvario, de la tumba de la Virgen María? ¿Quién no ha acariciado en su corazón el pensamiento de la gruta de Belén asociado al grato misterio de la Navidad del Niño Dios?

Ahí están los libros, es cierto; los hay escritos en todo tiempo y muchos de ellos por mano maestra. Pero el testimonio vivo, la completa sinceridad, la devoción y la admiración espontáneas son otra cosa, y pueden también ser modestamente ofrecidos en un solo haz, aumentado esta vez con la simpatía y confianza que inspira el auditorio que tenemos por delante.

Vamos a referir con franco espíritu de comunicación lo que vimos y aprendimos en una peregrinación salida de Francia con rumbo a los Santos Lugares. Era una compañía en que se contaban ocho chilenos fuera de un número mucho mayor de franceses.

Sería un error creer que en sustancia han cambiado mucho las cosas desde entonces. Si el orden político es hoy en Palestina el que impone la Inglaterra, el aspecto de los pueblos que se visitan y de las costumbres de sus habitantes son los mismos, como que en Oriente los hábitos perduran al punto que algunos de ellos se mantienen invariados desde antes de Jesucristo.

Se habla de progresos verificados, de cier-

tas reformas y ventajas en el terreno administrativo; son obras de cierto alcance y no se podía esperar menos de la mudanza de un régimen turco y musulmán a otro británico y cristiano. Es de notarse principalmente la construcción del ferrocarril a Egipto emprendida con fines estratégicos durante la gran guerra, y algún mejoramiento en los caminos, en las provisiones de agua, y en la urbanización, fuera de la instalación de un gran hotel que se llama Jorge V.

También se han levantado en torno de los viejos muros de Jerusalén algunos barrios europeos con buenos edificios de judíos ricos. Lo demás, lo que se refiere a monumentos y sitios históricos, se mantiene casi igual. Nada progresa; las mismas ruinas siguen como estaban, sin arruinarse más.

No importa mucho para el peregrino lo que el tiempo y lo hombres han podido destruir. El suelo es el mismo; las colinas, las llanuras y los ríos son los mismos. La naturaleza, que supo conocer mejor que los hombres la grandeza de la Redención, no ha cambiado tampoco en su vasta estructura oriental. Fué ella la que hizo temblar la tierra, abrió los sepulcros y oscureció el cielo en el momento aterrador del Gólgota.

Y con todo, el anhelo del viajero que, impulsado por la fé, llega hasta los Santos Lugares es tan grande hoy día como lo llevara en su pecho un hombre de las cruzadas. Su mirada se posa en cada piedra y penetra a través del velo de los siglos, se olvida de su tierra, sea de Europa o de América y contempla con emoción imprevista, hora por hora, paso por paso, la figura del Redentor que vino, y que ahora es animada por la exaltada imaginación del propio viajero.

Los temas y digresiones de piedad que hemos de tocar son tomados principalmente del diario escrito en ese viaje por doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux.

(1) Conferencia dictada en el Centro de Estudios Religiosos.

* * *

Estamos frente a Jafa, el puerto de la Judea. Una especie de chalupa tripulada por remeros árabes nos lleva a tierra después de atravesar saltando unos arrecifes que las olas cubren de espuma. El mal talante de los hombres es confirmado por sus voces que no se entienden y por sus ademanes impertinentes; quieren dinero antes de embarcarnos, y nos llevan a unas piedras resbaladizas que al bajar nos habrían hecho caer al agua. En la partida van monjas que lloran asustadas y un pobre clérigo confundido. Como rehusaran los remeros llevarnos al buen desembarcadero, uno de nosotros, prevenido de antemano, dió en la cabeza con su grueso bastón al jefe, y pusimos en seguida el pié en lugar seguro. El gesto no fué de besar la tierra como hacen los peregrinos; sea excusado por el apoyo prestado a las indefensas religiosas de la chalupa.

Estamos pues, en pleno país de Oriente, pintoresco y sucio, viejo y bullicioso, rico de colores y de olores. Los edificios son de piedras blanqueadas; en vez de tejados hay pequeñas cúpulas rebajadas, y las ventanas parecen troneras. Asoman por lo alto los primeros minaretes. No hay calles sino callejuelas cubiertas por gangochos y esteras rotas que ofrecen reparo contra las violencias del sol a esa gente de vestido talar que se mueve en todo sentido, judíos, mahometanos, griegos y otros orientales. Las mujeres van tapadas de alto abajo; son envoltorios en movimiento. Los camellos obstruyen el paso, y los perros se abren camino por entre la muchedumbre.

Todo es excesivamente pintoresco, y en este sentido hermosísimo: la coloración, los contrastes de luz y sombra, las vistosas indumentarias orientales destacándose desde el fondo de las paredes blancas llovidas, hacían extrañar que no se encontrara en cada esquina un pintor europeo trabajando.

Jafa es principalmente el puerto de Jerusalén, y según la tradición local el propio lugar donde Noé construyó su arca. Después del diluvio la ciudad fué rehecha por Jafet, y de ahí le vendría el nombre. Su población

es de 15,000 habitantes, mahometanos en su mayor parte. Hay un cierto número de establecimientos católicos, con escuelas de los hermanos cristianos. La situación en forma de anfiteatro es favorable, y los extendidos huertos son ricos en variedades frutales como naranjos, higueras, tunales, etc. Sobre éstos elevan sus grandes hojas las palmeras que brindan los dátiles tan apreciados en la Judea.

La historia de Jafa comporta los primeros milagros hechos por San Pedro. El más grande fué la resurrección de Doreas, la mujer caritativa que lloraban las viudas y los desamparados de la comarca. Aquí también hizo la famosa conversación del Centurión Cornelio, el cual a su vez arrastró hacia el cristianismo una cantidad de nuevos contingentes. Y si el puerto de Jafa ha perdido hoy una parte de su importancia, por causa del ferrocarril de Egipto, no deja de retener prestigio histórico en el sentido de las actividades apostólicas del pescador de Nazaret llamado a ser el primer Padre de la Iglesia Católica.

De aquí deberíamos de partir a Jerusalén, con tres horas de ferrocarril. Pero antes de tocar ese centro inmortal de todas las santas atracciones vamos a hacer una digresión hacia la geografía y la historia de la Palestina.

Es curioso considerar las semejanzas de la región con la figura que tiene Chile, mirando desde el centro hasta los desiertos del norte. Las latitudes son las minas, pero en orden invertido desde que allá se cuenta al norte y aquí al sur del Ecuador. Tenemos en seguida las montañas de Moab al Este como aquí la cordillera; y el Mediterráneo al Oeste como aquí el Pacífico. Las arideces de la Arabia llamada Petres, que avanzan hasta cerca de Jerusalén, son casi idénticas a las pampas de nuestras provincias del Norte donde la lluvia es un fenómeno desconocido.

Y las semejanzas se repiten en el centro montañoso del país cruzado por ríos y torrentes que crecen con las lluvias del invierno. En otro tiempo hubo de ellos que hoy no se conocen más que por el lecho pedregoso dejado como testimonio de su existen-

cia. Completemos este cuadro de semejanzas recordando que los temblores y terremotos visitan a Palestina con la misma frecuencia que a Chile.

No hay propiamente más que dos estaciones, pero desde Marzo hasta la mitad de Mayo el tiempo es agradable y merece llamarse primavera.

En la cuenca del Jordán que corre de norte a sur es otra cosa, el río se sume en una excavación para perderse al fin de su curso en el Mar Muerto con más de 300 metros bajo el nivel del mar. Allí el calor y la pesadez son insoportables. Los escasos habitantes de esta ribera de maldición se crían degenerados y causan lástima.

Pero la Palestina en cuanto tierra prometida, ha encontrado no pocas compensaciones en frente de sus desiertos, de sus montañas, de sus agrias laderas y de sus pedregales. Pues no sólo la Biblia, sino que el historiador Josefo y el Talmud de los Judíos ponderan la fertilidad de sus terrenos. Es así como no cuesta creer que en otros tiempos tuvo más habitantes y más recursos que en el día de hoy. Hacia el norte en la Galilea, la primavera suave obrando sobre terreno fresco da el florecimiento que justifica la ponderación de los poetas, y explica la constante recordación de quienes han visitado una vez los campos de hierbas lozanas cercadas de tunales y adelfas en flor, y en donde brotan los lirios y las anémonas.

En todas partes de Palestina prenden los olivos, y la vid, tantas veces nombradas en el Antiguo y Nuevo Testamento, da siempre los racimos de promisión para quien a su cultivo se dedica.

A los valles de Galilea en tiempo de primavera parece referirse este llamamiento que hace el enamorado del Libro de la Sabiduría: "Alzate y ven, paloma mía, mi única beldad, ven. Ya pasó el invierno, cesaron las lluvias. Las flores han brotado de la tierra, en el campo se deja oír el canto de la tortolilla, la higuera formó sus primeros frutos y ya esparcieron su perfume las viñas florecidas. Alzate y ven, mi paloma, mi única".

Este poético despertar de la primavera se

viene repitiendo, pues en la feliz comarca de Galilea donde Jesús vivió su adolescencia y su juventud. Los peregrinos hoy llegan a ella como a un jardín que recrea el ánimo después de la penosa contemplación de las serranías de Judea donde está situado Jerusalén y donde todo es triste y adusto dentro de un paisaje fúnebre.

La fauna de Palestina es interesante en este sentido, que los animales, menos el león ya desaparecido, son los mismos que vienen nombrados en la Biblia. Mención especial merece el camello; es montura, es carga, tira el arado y da lana para las tiendas y ropas del errante beduino. Los caballos de Siria son de la mejor sangre arábiga, pero son escasos; la cabalgadura corriente es el asno. Naturalmente, los rebaños de ovejas son de la mayor importancia, tanto más que a los vacunos, de raza muy inferior, apenas se les vé, porque apenas existen. Por sobre las montañas se ciernen los buitres y las águilas, mientras en los valles de vegetación se puede oír al ruiseñor como sobre las ciudades se ve revolotear a las palomas.

Bien poco hemos de decir sobre historia. En sus grandes líneas son retenidos en toda mente cristiana los hechos que llenan los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pero hay ciertas singularidades que parecen venir al recuerdo sólo cuando uno se encuentra en el propio terreno que las vió nacer. Por ejemplo, los textos hablan de los gigantes autóctonos del país de Canaan y los nombra el Génesis, el libro de Josué y el Deuteronomio. Pues bien, la prensa ha publicado en Chile hace dos años un telegrama anunciando el descubrimiento, hecho en la vecina comarca de Mesopotamia, de un esqueleto de gigante humano de tal estatura que hoy no se encontraría otro igual.

Después de la era de los patriarcas podemos figurarnos a los israelitas libertados por Moisés esparciéndose primero al Este del Jordán y entrando después a la feliz tierra que al mismo gran legislador no fué dado conocer. Las tribus llevaron seguramente vida de nómades mientras no se les fijaba límites en el país conquistado. Pues hoy en día las po-

blaciones de Jordán al Este continúan la vida movедiza del pastoreo parecida a las que nos describen los libros santos. Son beduinos, poco cultos, que visten y guardan la prestancia que nos figuramos respecto de los tiempos primeros.

El profeta Samuel gran político y gran patriota, un día hizo la unificación designando a Saúl como jefe. Vino más tarde el Rey David, y entra al escenario como el héroe de Judá que gana poder en el interior al mismo tiempo que por fuera humilla a los enemigos de su pueblo. Su hijo Salomón continuó la obra, alzando en honor del Jehová al templo que llevó su nombre y haciendo imperecedero su genio igualmente que su sabiduría y sus riquezas.

Las decadencias del período de los reyes tuvieron que terminar en el cautiverio de Babilonia. Surgió entonces el sublime Isaías. El que señaló con precisión la venida del Mesías, del Cristo Jesús.

Siguieron invasiones y fué la tierra de Israel teatro de guerras entre los sucesores del Alejandro Magno. Son siglos que producen nuevos profetas como águilas; y nuevos héroes como leones. Ahí están los Macabeos que hacen una última era de independencia y gloria nacional.

Por fin llegan los romanos, a los cuales se somete el usurpador Herodes; y éste, para congraciarse a los judíos reconstruye magníficamente el segundo templo, que fué el de Zorobabel, empresa de aliento, de significado político más que religioso.

Entrando en la era cristiana y con la nueva faz del mundo visitado por Dios, el hecho culminante es la destrucción no sólo del nuevo templo si no de todo Jerusalén con la exterminación de sus habitantes. Desde entonces los griegos, los persas, los árabes mahometanos y otros han invadido sucesivamente y se han enseñoreado del país hasta que llegaron los cruzados a establecer el reino efímero que encabezó el héroe cristiano Godofredo de Bullón.

Toda la región de la Siria, donde la Palestina se encuentra como engastada, tiene en seguida una historia confusa; las invasiones se suceden entreverándose unas con otras. Los

mamelucos, los mongoles y los persas se adueñan sucesivamente de los Santos Lugares, no siempre sin hacer matanzas y destrucciones. Los últimos llegados antes de este siglo son los otomanos o turcos.

Napoleón también aparece a fines del siglo XVIII después de su campaña de Egipto, y presenta a los turcos la batalla del Tabor, batalla sin consecuencia. Los turcos organizaron más tarde una administración normal y siguieron gobernando el país de Palestina hasta la ocupación inglesa del día de hoy.

Muchas de las cosas que deben ver y oír los viajeros son mejor comprendidas cuando se tienen presentes estos datos que dejamos expuestos.

Ahora sí, vamos a tomar en Jafa nuestro tren de Jerusalén. Ya vimos que Jafa se encontraba rodeada de huertos y jardines que el ferrocarril atraviesa. Vemos el balance de las blandas palmeras que cargan los racimos del dátíl mientras resisten los naranjos cargados de sus frutos. Entramos a la llanura de Sarón, un tiempo vergel y hoy campo de soledad. Abrojos y piedras en vez de mirtos y rosas.

Aquí la primera impresión de abandono, la primera evidencia de maldición. Y la idea de castigo, de venganza, de escarmiento, se desprende ya a cada paso y de cualquiera cosa.

Hacia el norte el valle muerto llega hasta el Monte Carmelo. Volviendo la cara al sur se mira al país de los filisteos: recordemos a David que los combatió y a Sansón que con ellos se hizo sepultar vivo.

La próxima estación se llama Lida. Aquí también llegó un día San Pedro; encontró un paralítico, que en aquel tiempo los incurables eran hospitalizados en la vía pública, y le dijo como decía Jesús: levántate y haz tu cama. Los hechos de los apóstoles agregan: todos los que vivían en Lida y Sarón lo vieron sanar y se convirtieron al Señor.

Intérnase el tren por entre ásperas laderas y quebradas pedregosas, vamos orillando el torrente de Terebinto que presenció el combate de Goliat con David. No hay paisaje.

Son farellones que nos hacen pensar otra vez en la gradiente que en Chile conduce al alto de Monte Negro. No hay campiña tampoco; son lomas secas, son contornos rojizos, salpicados de peñascos.

“Nos acercamos, dice el diario de la señora que hemos mencionado, una emoción profunda se apoderó de mí: hubiera querido que todos callaran: no comprendía cómo se podía conversar cuando en pocos minutos íbamos a saludar la ciudad donde murió Jesús. Traté de no oír nada y, fijos los ojos en el horizonte, esperé la aparición. Se ve un punto negro y nos dicen es la cúpula que se encuentra precisamente sobre el Santo Sepulcro. En un instante el corazón se lanza a él en un ímpetu de amor y agradecimiento”.

Un desengaño sin embargo, es la primera mirada al interior de la ciudad; un famoso escritor francés quiso volverse atrás; eso no es oriental ni europeo: la edificación es vulgar, la gente es mezclada.

Pisar el suelo de Jerusalén, ir en seguida al Santo Sepulcro es lo único que se desea mientras nos distribuyen las celdas en el convento de Notre Dame de France. Un fuerte sentimiento, sin embargo, se va formando dentro del ánimo y al fin desechada la impresión del momento un impulso desconocido lleva derecho al peregrino hasta el pie del Calvario, encerrado hoy dentro del templo de piedra que los cruzados levantaron.

Sigo leyendo en la página del diario que he citado. “Mientras nos acercamos a la Basílica, mayor emoción se apoderaba de nosotros; la voz se detenía en la garganta y las lágrimas, empapando primero los ojos, corrían lentamente por las mejillas para regar, momentos después, la losa del Santo Sepulcro mientras los labios la besaban con ardor. En el primer contacto nuestra alma se deshacía en un inefable sentimiento de amor piadoso”.

Oigamos ahora lo que decía en otro tiempo el corazón de San Bernardo, el más grande de los predicadores cruzados, dirigiéndose una vez a los caballeros templarios. “El Santo Sepulcro es el primero de los Santos Lu-

gares que hemos de visitar; mayor es la emoción desprendida del sitio donde Jesús reposa en su muerte que donde conversaba cuando vivo: La vida del Cristo es mi vida, su muerte es mi redención. Con su vida nos enseñó a vivir, muriendo dulcificó la muerte porque su muerte fué para resucitar y comunicarnos así la esperanza de la resurrección”.

La mística de San Bernardo, bella y profunda como es, no nos impide ahora mirar y dar algunos pasos en el sagrado recinto que encierra lo que fué cima del Monte Calvario. Allí mismo bajo la gran rotonda, a pocos pasos, y sobre otra pequeña cima interior que escalamos por una angosta gradería de mármol se nos muestra un hoyo bordeado por un revestimiento de plata; es el lugar preciso donde se plantó la cruz del Señor. Casi al costado se ha dejado en descubierto el flanco de una roca que se extiende como inmenso cimientó de la inmensa fábrica: está rasgada en todo su espesor, y esta es la grieta producida por el terremoto de la muerte.

Pero los judíos, habiendo consumado el sacrificio y queriendo deshacerse de los instrumentos los arrojaron en una caverna de ese lugar que era infame y deshabitado. Y es la cueva oscura allí mismo situada donde Santa Elena, en el siglo tercero, encontró las tres cruces levantadas en aquel día memorable entre todos los días de la historia.

Una tradición muy antigua, admitida por algunos padres de la Iglesia, ubicó la sepultura de Adán en esta misma reventazón de rocas llamada Gólgota. La Cruz de Cristo había sido de tal suerte colocada que la sangre penetrando en la grieta, habría llegado hasta las cenizas de nuestro padre común. Sus restos en un principio habrían sido embarcados en el arca por Noé y al fin habrían sido depositados aquí, bajo la roca hoy rasgada.

Estudiando este templo redondo, en cuyo centro y en forma de edículo o templete se encuentra la pequeña construcción que encubre el sepulcro de Jesús, no se llega a comprender si no a medias la extraña distribución de estas fábricas superpuestas, arrima-

das, entreveradas y circundadas por otras semi-enterradas. Como despojo sagrado, en un tiempo fueron sacándose del pequeño monte las piedras y la tierra para embarcarlas y hacer con ellas el terraplén interior de la basílica de Santa Sofía en Constantinopla lo que explica en parte la extraña incoherencia del edificio.

Quiero recordar aquí un detalle del templo del Santo Sepulcro que no es nimio para nosotros los chilenos: sobre un altar arriado al templete hay grandes candelabros de plata en cuya base se lee: Don de Carlos V: Plata de Chile y del Perú.

Pero la Cruz misma del Señor tiene una historia aparte. Al fin del reinado de Focas, emperador de Oriente, Cosroes rey de los persas, se apoderó de Jerusalén haciendo perecer por millares a los cristianos, y se llevó la Cruz que Santa Elena había dejado dentro de la basílica construida sobre el Calvario. Pero Heraclio, sucesor de Focas, hizo la guerra y venció a Cosroes, al cual exigió la restitución de la Cruz catorce años después de caída en manos de los persas.

*
* *

No es posible avanzar en el conocimiento de la Tierra Santa sin detenerse ante los padres franciscanos que hoy y antes fueron la custodia, el estudio y el amor de la tierra de Jesús. El mismo San Francisco un día llegó aquí buscando la ocasión del martirio. Fué defraudado, porque el jefe musulmán a cuya presencia tuvo que comparecer comenzó por prendarse de la virtud y del ingenio del santo; le colmó de regalos, y hasta le pidió que se quedara a su lado.

Desde entonces los humildes frailes han ido extendiéndose por todos los lugares, hasta los más tristes despoblados, donde un día se hubiera sentido la presencia del Salvador. Humildes frailes digo, y son fieras cuando se trata de defender un derecho que a ellos corresponda dentro de su empeño de guarda y veneración de los santuarios. A través de cinco siglos han rendido su vida en los asesinatos y matanzas no menos de tres mil

franciscanos, y han sucumbido a las plagas y pestes en número cercano a seis mil. Con esto está dicho todo.

La Pascua de Navidad vino a los pocos días de nuestra llegada a Jerusalén. Sin más, los peregrinos corrimos a Belén, que se encuentra a corta distancia, para participar en los misterios religiosos que debían de celebrarse. La pequeña ciudad, la querida ciudad, tiene un aspecto más alegre, menos amargo en todo caso, que Jerusalén. Siempre los grandes cubos de piedra coronados por la media esfera, y las calles estrechas y desaseadas.

Pero en los pobladores se encuentra fácilmente una favorable diferencia; son un oasis vivo, y uno se lo explica viendo que son cristianos. La visita primera es naturalmente a la gruta de piedra que presenció el Nacimiento. Otra vez desorientan esas vastas construcciones, inconclusas y casi ruinosas a la vez, que cubren el sitio del gozoso misterio. El establo o pesebre ya no existe, pero positivamente se encontraba bajo el templo grande y frío, desfigurado todavía por una muralla que separa las confesiones cristianas que querrían, cada una ser única dueña del Santuario. Esa cavidad en la piedra de la colina, que en aquel tiempo se extendía en pleno campo, fué el aposento que esperaba al Redentor de los hombres, al Rey anunciador de paz.

Era pues la noche de Navidad, y allí en la gruta quisimos pasarla toda entera. En medio de una apretada concurrencia formada casi exclusivamente por mujeres belenitas cubiertas de mantos blancos que reflejaban las luces de mil cirios, y un ambiente cálido de incienso y devoción, se sucedían las misas de Pascua que nos hicieron pasar una feliz y santa trasnochada.

Los habitantes de Belén son siete mil, más de la mitad católicos. Es gente grande y bien hecha, inteligente y activa. Una familia nos convidó a su casa y nos obsequió con dulces de rosas y café de Arabia; algunos miembros de ella habían estado en Santiago y Valparaíso. La mayor parte, sin embargo de los belemitas son pastores o agricultores que no han salido de la tierra y que visten como en

tiempo de David. Son también hombres industrioses y artistas y hacen, entre otros, artículos estimables, y en materia de madreperla, pequeñas esculturas y relieves de verdadera belleza. Las costumbres son sencillas y severas; no es raro ver una niña asesinada por haber cometido falta grave.

Comparado con Jerusalén, Belén es pues un pueblo casi risueño, abierto y que respira simpatía. Aquí es el nacimiento como allá es la muerte. Aquí los reyes de Oriente trajeron sus dones, como allá los judíos regalaron los azotes y la cruz, el insulto y la traición.

Cabalgando sobre sendos asnos salimos un día a visitar la represa construida por Salomón, que es la obra más reciente intentada al fomento de la comarca. Es un magnífico trabajo de ingeniería hidráulica; las lluvias son captadas en una hondonada, como se hiciera en nuestros días, para regar más abajo una serie de huertos y hortalizas que se van desarrollando a lo largo de una depresión que se dirige hacia Jerusalén. Es el Hortus Conclusus del Cantar de los Cantares dando flores y frutos primorosos después de treinta siglos de existencia.

Avanzando por el Oriente-Sur se encuentra, al inclinarse una colina y en medio de un manchón de viejos olivos cenicientos, la

primera vista de una llanada que se llama Booz. Aunque todavía no es primavera, hay hierbas florecidas y un aire templado que predispone al recuerdo del idilio y del cuadro suave y sencillo de la vida patriarcal que allí hace tres mil años tenía su asiento. Vemos a Ruth en postura de naturalidad encantadora recogiendo el grano de los rastrojos y pidiendo ayuda a los obreros de la siega para cargar y llevar la porción que le correspondía.

Al Este de Belén se encuentra el Campo de los Pastores. Es un terreno dilatado de lejanías grises hechas por los olivares que allí viven su vida milenaria: un paisaje diferente de aquellos que hemos visto en los contornos de Jerusalén, estériles y malditos.

La puesta del sol ofrecía ese día efectos dobles que solo en Palestina hemos observado. Por una parte los rayos tendidos sobre el suelo rojizo iluminan el espacio con tonos calientes, arrebatadores, y por la otra llegan luces que hieren directamente a las inflamadas nubes. Entre las orlas de claridad aparecían por instantes unos jirones del azul del cielo. Era un espectáculo fantástico que no se puede describir. Era así quizá cuando los pastores oyeron aquí las voces celestiales que cantaban la gloria a Dios y la paz a los hombres de buena voluntad.

(Continuará).

Farmacia Hochstetter

Botica - Droguería

Casilla 325 - AHUMADA 41 - Teléfono 88290

Sección Homeopatía

Carlos Silva Vildósola

La desorganización Social ^[1]

Entiendo que no se nos ha llamado aquí para pronunciar discursos en el sentido literario y oratorio de esta palabra. Hemos venido a estudiar, a examinar los fenómenos sociales con el criterio de la doctrina de la Iglesia Católica tal como se contiene en los Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo, las Epístolas de sus Apóstoles y las enseñanzas por suerte muy recientes y bien definidas, del Pontífice Romano.

Ni aun sería posible para mí hacer una pieza oratoria porque ella exigiría un conocimiento de la materia que no poseo y otras condiciones que con la mejor voluntad no puedo atribuirme. Simple observador de los hechos para informar sobre ellos, ni mi profesión, ni mi temperamento, ni la clase de cultura de que dispongo, me permitirían tratar estos asuntos con profundidad. Traigo sólo algunos hechos sociales que pueden o no ser aprovechados por los que tienen mejor preparación.

El cuadro de la desorganización social de nuestro país es demasiado vasto y merecería ser expuesto y analizado por especialistas en sus aspectos muy varios y complejos.

Lo primero que nos aparece como la raíz del mal entre los fenómenos que están a la vista, es la desorganización de la familia. Esta es la unidad social y no puede haber sociedad humana organizada según las nociones cristianas y según los dictados de la civilización, si la familia no tiene los caracteres de una institución sólida, sana y fuerte.

El fenómeno fundamental de nuestro tiempo, que los resume y comprende todos es la destrucción de la familia tal como fué establecida por el cristianismo. En otras palabras, la guerra a la doctrina de Cristo ha tomado en el mundo, y tiene en nuestro país la forma precisa de un esfuerzo amplio y profundo para hacer desaparecer la familia. Se comprende que así sea. Si se ha de destruir el sistema social producido por el cris-

tianismo, hay que atacar su base, y su base, "su unidad por excelencia", decía Le Play, es la familia.

En Chile la disposición de la familia no es todavía lo que desearían sus adversarios, puesto que no se ha logrado aun la supresión del vínculo matrimonial por autoridad de la ley, y aun estamos lejos del ideal soviético que ya puso término a la institución familiar y entregó al Estado la tarea de reemplazarla. Pero debemos reconocer el desmoronamiento gradual de la familia en todas las clases sociales como un hecho evidente.

En la categoría de la clase obrera tenemos ante todo el enorme porcentaje de la natalidad ilegítima y el número pavoroso de mujeres abandonadas, unas por el marido legal y otras por el hombre con quién han vivido y del cual han tenido a veces numerosos hijos. Todo el que haya trabajado en las Conferencias de San Vicente de Paul sabe que la mayoría de las mujeres que se presentan a solicitar socorros han sido abandonadas, a menudo en forma cruel, siempre con un cinismo absoluto, sin conciencia alguna del sentido del vínculo familiar. La gran mayoría de las parejas que habitan los conventillos de los barrios más pobres viven sin haber legalizado su unión en el registro civil y por cierto sin hacerla bendecir por la Iglesia. Hay complicaciones insolubles producidas por uniones sólo bendecidas por la Iglesia, rotas por que el marido se cansa de esa mujer o porque la mujer se fuga, siendo el primer caso el más frecuente, y luego uno de los dos cónyugues contrae matrimonio civil. La situación de los hijos es a veces inextricable. Las cifras que a este respecto publicó no mucho tiempo la Dirección de Cesantía causaron en los primeros momentos alguna impresión y fueron comentadas en los diarios.

(1) Leído en las jornadas de Oración y Trabajo del Secretariado Social y Económico de la Acción Católica.

Creo que ya nadie se acuerda de que esa oficina había encontrado más de 60,000 mujeres abandonadas y esta es una ínfima minoría de las que existen en todo el país.

Se debe afirmar que la familia no existe ni en las ciudades ni en los campos, sino por excepción, en la clase trabajadora. Me refiero a la familia organizada en conformidad a la ley cristiana y a la ley civil. Y aun en los casos raros en que existe organizada en su base, los vínculos son casi siempre débiles y están amenazados de romperse en cualquier momento. No hay entre los cónyuges unión de almas, sino de cuerpos, y no se ejerce la autoridad paterna o materna sino en la primera edad de los hijos. El espectáculo ordinario de nuestros barrios pobres es el de calles más o menos sucias, donde durante todo el día juegan niños desarrapados cuyos padres no saben de ellos. Los hay que viven a largas distancias del sitio en que vagan y sólo regresan al domicilio de los padres al caer la noche y por razón de hambre. Todos los esfuerzos de la policía para recoger a los niños vagos, cuyo número sólo en Santiago, se calcula en más de 30,000, no han logrado sino atenuar el mal, mejor dicho obligarlos a que se oculten mejor.

Habría que estudiar las causas de esta desorganización de la familia obrera. Entre ellas sería preciso mencionar la guerra movida al sentimiento religioso, y su destrucción por la educación pública; el fomento metódico de las costumbres licenciosas; la miseria negra de gran parte del pueblo chileno en ciudades y campos; la falta de una habitación que dé forma externa al hogar y permita que la institución se organice; el industrialismo y la admisión de la mujer a toda clase de actividades. Pero yo estoy presentando hechos desnudos y no hay tiempo para entrar en el análisis de causas que son múltiples y llegan hasta las mismas raíces de la vida colectiva con aspectos jurídicos, políticos, sociales y morales.

En las otras clases sociales, comenzando por la que ahora se denomina "clase media", que viene a ser la de empleados y comerciantes, el desorden de la familia es menor. Pe-

ro hay también síntomas de disgregación que avanzan cada día. La observación me ha llevado al convencimiento de que el sector social chileno que guarda todavía mejor las condiciones constitutivas de la familia cristiana es esa clase media. En ella un instinto del ahorro impone costumbres más ordenadas; hay autoridad paterna y materna; la ambición muy justa de educar a los hijos para darles mayores oportunidades en la vida crea ciertas disciplinas; en general, se puede afirmar que en nuestra clase media hay un sentido del deber más alto que en las categorías inferior y superior.

No temo exagerar al decir que la familia de la clase más importante, la que tiene o ha tenido bienes materiales, la que ha recibido o podido recibir mejor educación, ha sufrido en los últimos veinte años un retroceso moral gravísimo y alarmante.

Fuera de un círculo de familia, católicas practicantes y que conservan tradiciones austeras, (por suerte las hay aunque su número ha disminuído) la familia se deshace con mayor rapidéz de lo que hubiéramos podido imaginar cuando a comienzos del presente siglo tronaban los púlpitos denunciando el mal.

Se ha llegado en la clase alta a una tolerancia amable del adulterio y las relaciones de hombres y mujeres casados se toman en la sociedad con gran indulgencia. Hay dueñas de casa, y esto se considera señal de tener mucho mundo, que estiman un deber invitar a sus comidas y relaciones, junto con una señora, al individuo que mantiene con ella relaciones adúlteras, sea en forma avanzada o en la más general de lo que se llame el flirt, o sea el adulterio que todavía no llega al acto carnal.

La repetición cada vez más frecuente de las nulidades de matrimonios obtenidos por absurdos subterfugios legales, con la complicidad de los tribunales de justicia y por medio de abogados especialistas, no halla sanción social. Las mujeres que así rompen el vínculo matrimonial y abandonan a los hijos para vivir en pleno goce de sus pasiones, continúan siendo recibidas en muchas casas de gen-

te honorable. Hasta se produce cierto interés por conocerlas, por saber cómo es eso.

Se está arruinando la autoridad paterna y materna en la clase que antes se llamó dirigente y que ahora no puede aspirar a ese título porque nada dirige sino que va a la ventura arrastrada por el viento revolucionario. Desde la primera juventud los hijos y las hijas viven su vida al margen de la de los padres, se asocian con quién les parece mejor, al azar de los encuentros en las reuniones sociales que ahora comienzan por las fiestas de niños y siguen en los llamados bailes blancos, reuniones inocentes dicen algunas señoras, sin darse cuenta de que las únicas inocentes son ellas. Repito que estoy dando hechos generales y ellos no excluyen las excepciones, pero son excepciones cada día más raras. Basta para saber que es fácil oír a las propias madres de familia todavía resistentes a la invitación de las nuevas costumbres quejarse de que es una lucha desesperada la que tienen que sostener para sustraerse a estas prácticas.

Si en la primera edad, digamos hasta los 12 años, es tan difícil conservar la autoridad materna, se debe reconocer que en la adolescencia es imposible. Las costumbres se han arreglado para que los padres estén despojados de todo derecho de observar la vida de sus hijos, estos salen cuando y con quien les place. El cinematógrafo, con sus exhibiciones de ordinario excitantes para los sentidos y casi exclusivamente sobre asuntos sexuales presentados en forma atrayente y hasta poética, retiene a los jóvenes de ambos sexos durante varias horas. Hay censura cinematográfica, y esta anuncia que tales películas no son recomendables "para menores de 15 años". A veces es hasta exagerada esta censura, porque los censores temen que se les tilde de indulgentes con la inmortalidad. Pero el mal está en que las familias no tienen disciplina alguna y el único resultado de la censura es que las muchachas sepan que a tales o cuales espectáculos no deben llevar a sus madres porque se escandalizarían. Son señoras antiguas. Cada vez que he hecho esta observación a señoras muy religiosas, se me ha contestado que eso no ocurre sino entre gente vulgar,

entre "personas que no son conocidas". La respuesta es de una magnífica necedad. Ante todo, las salas de cine, con cualquier espectáculo, aun los más crudos, tienen asistencia de muchachas y jóvenes de la más rancia aristocracia. Y luego, ¿qué importa que sean señoritas poco conocidas en el núcleo de familias tradicionales, si basta que sean jóvenes chilenas destinadas por Dios a fundar nuevos hogares y ser madres de familia?

No se puede mirar lo que se llama la cuestión social sin considerar el aspecto de la familia. No es posible desconectar las tres encíclicas del actual Pontífice sobre la familia, la educación y el problema propiamente económico-social. Por la desorganización de la familia y la corrupción de la educación se llega a la desorganización más general y más visible de las relaciones entre los hombres que están en la plena actividad de la producción y forman el núcleo económico de la nación.

Cuando el Pontífice León XIII, cuarenta años ha, indicaba a la humanidad los peligros a que la iban empujando las doctrinas liberales del siglo XIX, fué escuchado por muy pocos. Yo era joven entonces y puedo muy bien recordar que en Chile el clero, en general, tomó la nueva orientación con frialdad y los seglares, salvo un reducido grupo de jóvenes entre los cuales estaban el actual Arzobispo de Santiago, el que hoy es Monseñor Casanueva, Juan Enrique Concha y otros pocos, o creyeron que aquellas eran hermosas teorías inaplicables en Chile o pensaron que el Papa se había inclinado demasiado al socialismo. Frente a la Encíclica Cuadragesimo Anno no faltan ahora católicos que la comentan para decir que estas doctrinas están destinadas a sublevar a los rotos, que en Chile no hacen falta, y aun llegan a decir, medio en broma, medio en serio, que el Papa se ha hecho bolchevique.

El secreto de esta resistencia si se la mira como un fenómeno doctrinario, está en que nuestro país fué inficionado de la doctrina liberal individualista y aun entre los católicos de hace cuarenta y más años un fuerte grupo, por desgracia de hombres de talento

brillante y alta cultura, combatía el liberalismo en política, en las elecciones, pero profesaba la doctrina económica liberal que León XIII y ahora Pío XI habían condenado sin reticencias. No cito nombres de políticos, profesores y escritores. Dios les haya perdonado el mal que nos hicieron. Los de aquella generación que hemos reaccionado, pero que también pasamos por esa admiración del individualismo, los que éramos jóvenes católicos y leíamos a Herbert Spencer como un nuevo evangelista, sabemos que hubo un momento en que la moda del liberalismo económico invadió las filas católicas chilenas. Hagamos también a los jesuitas la justicia de recordar que ellos no se dejaron invadir y enseñaron siempre en su Colegio la doctrina anti-liberal y hasta parecían inclinarse más bien a la exajeración contraria cuando ponían en manos de sus discípulos aquel curioso folleto de un clérigo catalán, don Félix Sardá y Salvany, hoy muy olvidado, y que se titula "El Liberalismo es Pecado".

A estos errores doctrinarios se agrega la alarma que produce en todo chileno de alguna situación social, propietario rural o que en cualquier forma posee fortuna digna de ser defendida, todo lo que puede significar un gasto. Buena habitación para el obrero, salario capaz de sustentarlo, sindicatos, todo eso parece novedad peligrosa. Se la combate ahora mismo con la frase tan socorrida: este país no está preparado.

Las relaciones entre patronos y obreros no están basadas en el espíritu de caridad ni toman todavía el carácter que el Papa actual desea darles. Nótese que tanto León XIII como Pío XI han insistido en que uno de los orígenes sociales y económicos del malestar del mundo fué la destrucción de los antiguos gremios que constituían la defensa de los obreros contra la usura y las exacciones. Ambos Pontífices mandan que se formen sindicatos de obreros y patronos cuyo fin debe ser que "cada uno de los asociados obtenga el mayor aumento de los bienes del cuerpo, del espíritu y de la riqueza". Estas asociaciones no existen todavía en Chile.

En el fondo de la mente de muchos pa-

tronos, acaso la mayoría y me refiero a los católicos, existe la idea de que el producto del trabajo les pertenece primariamente a ellos y que al trabajador sólo le corresponde lo necesario para mantener unida el alma con el cuerpo. Y es lo curioso como síntoma de desorganización social que muchas personas reconocen en teoría la justicia de la enseñanza pontificas y en la práctica proceden en conformidad a su interés estrecho, sin espíritu de caridad ni comprensión del deber social.

La intervención del Estado en apoyo de las reivindicaciones de los obreros no es remedio, pero se impuso porque los patronos no querían cumplir su obligación. Y ahora, cuando el Estado todo lo invade, los patronos argumentan de esta manera: yo pago contribuciones para que el Estado atienda las necesidades de los obreros. Toda advertencia para que ellos mismos no abandonen por esto sus deberes de caridad y de justicia social es considerada como un peligroso medio de levantar a las masas. La situación es muy semejante a la que existía en Rusia antes de la revolución bolchevique; la misma ceguera, el mismo estribillo de que el pueblo no está preparado, igual desconocimiento de la evolución social.

Entre tanto, el socialismo y comunismo en su campaña activísima contra el capital y el derecho de propiedad individual, predicán con evidentes frutos que todo el producto del trabajo debe ser del trabajador y que el capital debe ser absorbido por el Estado. Ya estas no son afirmaciones de principios filosóficos, sino hechos prácticos que se están realizando en la legislación de nuestro propio país en forma más o menos gradual.

Las relaciones entre el capital y el trabajo, se han ido envenenando en Chile, tanto en las industrias fabriles, como en la agricultura y la minería. Derrumbando el régimen patriarcal que tuvimos durante el siglo anterior, sordos los patronos a las voces que les advertían la imposibilidad de mantenerlo y la urgencia de preparar un régimen fundado en la justicia y el reconocimiento de mutuas obligaciones, han visto llegar la nue-

va era de lo que un escritor español llamó "la rebelión de las masas". El odio de clases existe ya en nuestro país y toma un desarrollo inquietante.

¿En que punto se halla en Chile la cuestión del salario? Es evidente que una gran parte de la población no recibe salarios suficientes para el cumplimiento de las reglas que dá la encíclica de Pio XI. El Papa ha dicho que el salario justo es el que alcanza para la sustentación del obrero y su familia, dentro de la situación del patrono y en relación con el bien público económico. Vivimos un período de convulsiones económicas. En cuarenta años el poder de adquisición de nuestra moneda ha disminuido hasta reducirse a algo así como la décima parte de lo que fué. Los precios de la alimentación, de la habitación, del vestido subieron en esa proporción y no vacilamos en afirmar que los salarios y sueldos de pequeños empleados no han seguido el alza ni mucho menos.

El salario justo, la armonía del capital y el trabajo, la prevención de la lucha de clases no pueden lograrse sino por la creación honrada, franca, sincera, de los sindicatos. Nada puede impedir el conflicto si los sindicatos cristianos no intervienen para equilibrar con un criterio de bien colectivo los intereses y necesidades del trabajo y del capital. En Chile apenas comenzamos — ¡y cuan trabajosamente! — a organizar sindicatos. Hallan resistencias sordas, pero bien perceptibles.

Los que resisten en la práctica las enseñanzas pontificias aunque las aplaudan o aparentan aplaudirlas en teoría, están ciegos a la verdadera situación del mundo. Se adormecen en la convicción de que por medios ajenos a la organización social, por actividades políticas y electorales, en las cuales ya nadie cree, pueden llegar a reconstituir un estado de cosas semejante al que existía en el siglo XIX. Siguen acusando de socialista a todo el que proclama la doctrina social católica en su integridad, doctrina que está tan lejos del socialismo, como del individualismo, aun cuando reconoce que estas teorías extremas y ambas condenadas, pueden contener parte

de verdad. Pero el documento pontificio es terminante: "Socialismo religioso y socialismo cristiano, dice, son términos contradictorios. Nadie puede ser al mismo tiempo, buen católico y socialista".

Falta el espíritu de caridad. El chileno no es muy generoso de su dinero ni de su esfuerzo para aliviar necesidades ajenas. Hay excepciones honrosas, pero es un hecho notorio que son siempre las mismas personas las que dan para todas las obras. La limosna, que no es lo principal, y el servicio social, que es lo más necesario, no abundan en nuestro país. Bastaría para probarlo la vida lánguida de nuestras obras sociales como las Conferencias de San Vicente de Paul y el mezquino resultado del Dinero del Culto aun en diócesis donde hay gran número de católicos con fortuna.

Pues bien, sin espíritu de caridad, no sólo para dar limosnas, sino para las relaciones entre los hombres de una misma condición y de condiciones diversas, entre patronos y empleados y obreros, nada se puede hacer. "Aún suponiendo, dice Pio XI, que cada uno de los hombres obtenga todo aquello a que tiene derecho, siempre queda para la caridad un campo dilatadísimo. La justicia sola, agrega, puede, es verdad, hacer desaparecer las causas de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos". Sería materia para un análisis prolijo determinar si la masa de la población de Chile obtiene todo aquello a que tiene derecho.

Hay en la Encíclica que tantas veces hemos citado y a la cual me acojo como a lo único sólido y estable que puede tener un católico en doctrinas sociales, un párrafo que parece describir con exactitud la desorganización social de Chile. "La libre concurrencia, dice, se ha destrozado a si misma; la prepotencia económica se ha suplantado al mercado libre; al deseo de lucro ha sucedido la ambición desenfrenada de poder; toda la economía se ha hecho extremadamente dura, cruel, implacable. Añádanse los daños gravísimos que han nacido de la confusión y mezcla lamentable de las atribuciones de la autoridad

pública y de la economía; y valga como ejemplo uno de los más graves, la caída del prestigio del Estado, el cual libre de todo partidismo y teniendo como único fin el bien común y la justicia, debería estar erigido en soberano y árbitro de las ambiciones y concupiscencias de los hombres". Nadie podrá describir en menos palabras ni con más claridad, precisión y amplitud el cuadro de nuestra desorganización, que es la desorganización social y moral del mundo en esta hora de transición.

La humanidad, peregrina que no descansa ha llegado en su camino a una curva tras de la cual nos es forzoso perder de vista el horizonte que teníamos delante y estudiar el que se nos presenta.

Decía Talleyrand, sobreviviente de todos los regímenes: "Los que no han vivido antes de la gran revolución no han conocido la dulzura de vivir". Y nosotros podemos decir con iguales y aun más fuertes razones, que los que no han vivido antes de la Gran Guerra mundial no han conocido la dulzura de vivir. Pero antes de la Gran Guerra vivíamos en una organización social que no podía ni debía subsistir, en que la dulzura de vivir era para pocos, mientras masas humanas hacían vida amarga, estrecha, sin la satisfacción de las necesidades mínimas del hombre civilizado.

Se ha provocado con ese estado social la violenta rebelión que hoy amenaza destruir todos los fundamentos de nuestra civilización de Occidente, hija del cristianismo. En vano voces altísimas como la del Papa León XIII, se levantaron hacen ya cuarenta años para señalar los peligros y enmendar el rumbo. Ni aun todos los católicos oyeron ese clamor y dejaron subsistentes injusticias y no quisieron salir de sus ventajas y ceder una parte de ellas para prevenir la pérdida de todas. Y

entonces la guerra, ese mezclarse de hombres de todas las condiciones y de todas las razas, esa gigantesca matanza de los más jóvenes y acaso mejores, esa revelación trágica de un estado de cosas imposible de sostener por más tiempo desgarró las máscaras, mostró las realidades y dejó al mundo tembloroso y agitado frente a problemas nuevos que habíamos incubado nosotros mismos con nuestro egoísmo de los días en que para algunos era dulce vivir.

Las sociedades tienen que modificar su organización por bien o por mal, por espontánea evolución o por sangrientas y dolorosas revoluciones. Ya hay en Europa y comienza a haber en América ejemplos de uno y otro camino. La Rusia es el caso de violencia porque era el caso de mayor y más criminal olvido de la justicia social. La Italia y la Alemania, y comienzan también a serlo la Francia, la Inglaterra, y en cierto modo los Estados Unidos son ejemplos de evolución razonada, serena, prudente. En unos pueblos se produjo el pánico y el desorden como en un gran incendio; en otros se arreglan medios de salir del fuego con método y de hacer la transición al nuevo orden con los menores padecimientos para el mayor número.

Lo primero en esta vida nueva es convenirse de que nada de lo que ha vivido la generación que hoy ha pasado los cincuenta años se puede volver a vivir. Podemos todavía, siempre que sepamos aprovecharlos, tomar del antiguo régimen algunos elementos que la experiencia ha probado como buenos y construir con ellos y con mucho más el edificio de las nuevas generaciones. Pero no podemos sin peligro de perecer aplastados por el derrumbe de una sociedad que se cae a pedazos pretender reacciones hacia lo que pasó, lo que se descompuso y murió.

CASA MODER

FABRICA DE MARCOS — MONEDA 873 — SANTIAGO

Casa especialista en marcos tallados en maderas, dorados y plateados, modelos originales. — Se compone e imita toda clase de marcos y objetos. — 30 años de práctica.

Precios módicos. — Esta Casa no tiene sucursal.

Carlos Hamilton

CONVERSIONES DE ARTISTAS

Para hablar de arte o de artistas, es menester abarcar un horizontè más amplio que el de nuestra tierra. No tenemos un sólo artista que sea un nombre, o siquiera un número, en la historia del arte y la cultura universal. Por olvidar esta sencilla reflexión, se va sentando un principio en nuestro raquíitico ambiente intelectual: el Arte se arreligioso, el arte es amoral; la moralidad y la belleza, la religión y el arte, la Iglesia Católica y el artista son enemigos irconciliables, no sólo, extraños. Y tienen razón: el Cristianismo, filosofía, arte y religión sobrenatural es enemigo de lo mediócre y bajo.

Los Misterios de la Religión cristiana son como un anteojo de larga vista: los niños chicos los toman al revés y ven las cosas más pequeñas; pero una persona grande que conoce el instrumento, ve lo objetos más grandes y más cerca. La Fe sobrenatural ennoblece las grandes inteligencias y les acerca la Verdad y el Ideal. Los que no llegan al uso de razón... creen que empequeñece su visión; y casi no ven.

Hay nombres universales de artistas de verdad, la flor de la cultura humana moderna, que han aumentado el número de los fervientes hijos de la Iglesia Católica.

"Por la Inquietud a Dios", el pintor simbolista holandés Jan Verkade, ante la penetración divina del culto católico, pudo fijar la luz en su propia alma; y el pincel purificado de Dom Wilibrordo Verkade dejó su fe y su plegaria en los claustros benedictinos de Monte Cassino y Beuron.

Recientemente Eva Lavallière, la artista mundana, encontró a Dios que llenó de beatitud el vacío de las vanidades. Pero sobre todo, la ilustre piéyade de literatos convertidos ha hecho pensar, discutir, comentar a la curiosidad y al asombro públicos.

Alicia Maynell, G. K. Chesterton, Alfred Noyes, Sigfrid Undset, Philip Gibbs, Compton Mackenzie Giovanni Papini, Domenico Giuliotti, Sheila Kay-Smith, Paul Claudel, Joergensen, Jacques Maritain, Ronald Knox, Agostino Gemelli, Dawson, Marshall, Hollis, etc. Un haz de nombres entre los que descuellan los primeros genios literarios contemporáneos.

¿Una explicación "psicológica" de estas conversiones? La conversión al Catolicismo de las cumbres del pensamiento moderno ofrece más de una enseñanza a nuestros intelectuales criollos que aún creen que está de moda el ser "escépticos".

Hace pocos días mostraba admirablemente el Profesor Aldo Bizarri la serena convicción, estudiada, reflexiva, sólida, profunda, que dispuso la inteligencia genial y la férrea voluntad de Papini para recibir la luz misericordiosa de la Fe.

Porque la Fe es un dón gratuito de la liberalidad divina; pero el hombre puede acercarse, disponerse, para alcanzarlo. Y esos actos, preparatorios de la fe no son — lo están diciendo estos cerebros de convertidos, — ilusiones suggestivas de histéricos, neurosis producidas por choques violentos, desengaños trastornantes...

Los artistas de verdad saben más de alma que de cuerpo. Y se encuen-

tran con las realidades del espíritu. Ya consideraba, S. Gregorio el Grande que las bellas letras son como una antesala de la vida espiritual. El trabajo intelectual del literato lo lleva a la "philosophia perennis", a los principios racionales cristianos del Tomismo, que bautizó a Aristóteles; su meditación en la historia universal los hace palpar el hecho sobrenatural, la explicación fundamental de la vida humana. La influencia de los libros, para el bien y para el mal, es avasalladora. Y la influencia de las plumas en las plumas ha multiplicado las conversiones de grandes literatos. El estilo de las "Confesiones" de S. Agustín, fruto del "Tolle et lege", Toma y lee, preparatorio a su propia conversión, ha sido imitado en nuestros días: Paul Faval en "Las etapas de mi conversión"; "Apología" de Newman; "Ortodoxia" de Chesterton; "Spiritual Aeneid" de Ronald Knox; "Confesiones de un Convertido" de Benson; "Autobiografías" de Joergensen; "Voyage du Centurion" de Psychari; "One Lord One Faith" de Vernon Johnson, y hasta el parabólico y poco comprendido "Gog" de Papini.

No hay que olvidar que la vuelta a Roma de los artistas del mundo tiene el sello divino del sacrificio: Sir Thomas More, Edmund Campion y Robert Southwell unieron perfectamente el arte y la santidad cristiana. Y las últimas líneas de su pena vital fueron escritas con sangre de martirio.

RUSIA CONTRA CRISTO

No se abrigan muchas esperanzas de que el Gobierno ruso respete las creencias cristianas en el territorio soviético, como Litvinof lo había prometido al Presidente Roosevelt.

Los diarios italianos y alemanes recuerdan a este respecto lo ocurrido en Rusia el día de la gran fiesta de la Natividad de Nuestro Señor que según el rito ortodoxo debió celebrarse el 6 de Enero, esto es después de la bullada Embajada soviética a Washington.

En la noche de ese día la "Liga militante de los ateos", organizó fiestas especiales en los círculos de reunión y en las escuelas para atacar la creencia en la Natividad del Señor. El Comisario del pueblo, Paroslawski, fué uno de los principales oradores.

En Leningrado y Moscou se difundió por la radio oficial un programa especial anticristiano, indicado principalmente a atacar el dogma fundamental de la venida de Cristo a la tierra.

Y en todos los centros industriales y haciendas colectivas del territorio soviético se dieron conferencias en igual sentido.

No fué permitido, por cierto, a ningún conferenciante cristiano que defendiera en público las tradicionales y divinas creencias que se atacaban.

Ricardo Montaner Bello

Los valores espirituales y morales después de la gran guerra

[Conclusión]

Mirando ahora hacia otro lado del mapa europeo, vemos el espectáculo de la iglesia cismática rusa, que no puede ser más desastroso: la guerra, primero, y la revolución bolchevique después, han pasado sobre ella como una racha destructora, no dejando casi nada en pie de su vieja construcción secular. Sus principios, sus enseñanzas, su culto, sus templos, sus bienes y su clero, han sido dispersados violentamente a los cuatro vientos.

Hoy por hoy, la iglesia oficial rusa materialmente no existe.

La iglesia rusa nació, puede decirse, separada de Roma y adicta al espíritu greco-bizantino. Su metropolitano era nombrado y consagrado directamente por el patriarca de Constantinopla y de allí recibía normas, instrucciones y todo género de influencias. Cuando los turcos se apoderaron de esa capital, la separación de la iglesia rusa de Roma estaba prácticamente establecida desde mucho tiempo antes, por lo que se transformó en iglesia nacional e independiente.

Los emperadores no demoraron en poner manos sobre ella, y en 1700, Pedro el Grande, la adhirió definitivamente al trono, convirtiéndola en iglesia del Estado, y haciendo de ella un servicio del Estado. El Zar era su jefe todopoderoso, y nombraba y removía a su voluntad al Procurador del Santo Sínodo, que desempeñaba el puesto de la más elevada autoridad canónica y eclesiástica.

La iglesia rusa vivió, pues, separada y extraña del mundo católico: en este largo aislamiento, se formó una ideología especial, que es a la vez política, social y religiosa y hubo así cristianismo ruso, religión rusa, iglesia rusa, ritos rusos, y como dice muy bien Dostoievsky, hubo también un Cristo especial ruso.

Si no hubiera sido por el brazo fuerte de los soberanos la iglesia rusa se habría descompuesto y disuelto en multitud de sectas esparcidas en la inmensa población de ese im-

perio, y aun más, no pudo impedir que la iglesia oficial dejara de dividirse de hecho en dos iglesias superpuestas, la de arriba, de la corte, de la nobleza y del oficialismo, y la de abajo, de la clase media y del pueblo. La primera, suntuosa, de muchas ceremonias y de liviana moral, y la segunda, modesta, más devota y de moral más severa; las dos, sin embargo, no tenían diferencias dogmáticas y permanecían fieles a la constitución dada por Pedro el Grande.

En este estado los sorprendió la catástrofe de la guerra y poco después las revoluciones, que abrieron la puerta a la dominación bolchevique. La historia de los diez años que siguieron al mes de Octubre de 1918, es la historia de la lucha entre las dos potestades, la iglesia rusa y el poder público, con muchas peripecias y muchos trágicos incidentes. Venció finalmente el poder público y las iglesias tuvieron que someterse ante la necesidad de salvarse y de encontrar un sitio legal en un régimen que puede durar por un tiempo indefinido.

La fe religiosa corre grandes riesgos en el sistema bolchevique, porque ese gobierno, aun cuando dice que no persigue a los ortodoxos por ser ortodoxos, los persigue por contra revolucionarios y es conocida la suerte desastrosa que tienen en Rusia los contra-revolucionarios. Por otra parte, el gobierno hace una incansable propaganda anti-religiosa en leyes, decretos, diarios, libros, revistas y espectáculos. Puede decirse que todo niño ruso está dedicado a la irreligión. Los recién nacidos no son bautizados, sino que octubrizados, palabra inventada en honor del mes de Octubre en que triunfaron los Soviets, y sometidos a la ceremonia de una asamblea comunista en la que, por indicación y votación de los asistentes, se da al niño el nombre propio que debe llevar en su vida.

La propaganda contra la religión reviste los más variados caracteres, aun los más simples y necios, destinados a impresionar la imaginación de gente inculta y zafia. Así, por ejemplo, para comprobar la superioridad de la ciencia y la inutilidad de la religión, la revista "Sin Dios" insertó una vez la fotografía de un tranvía eléctrico que se había detenido por un desperfecto de ocasión, y al que un pope (sacerdote) exorcisaba y rociaba con agua bendita para que echase a andar, y como esto no se consiguiera, se llamó a un obrero electricista que corrigió la falla y el tranvía pudo seguir su camino, con lo que quedó confirmado el perfecto triunfo de la ciencia.

La iglesia rusa, postrada y vencida, no tiene valores ni fuerzas espirituales que suministrar para la reconstrucción moral del mundo, y en su actual desgracia solo vive como cosa latente, a la espera de algún día que le traiga su resurrección.

Lo sucedido con la iglesia rusa no podrá pasar jamás con las iglesias del protestantismo, aun suponiendo acontecimientos iguales, porque la primera estaba ceñida a la obediencia de una autoridad central que fué derribada y abolida por la tiranía de los soviets, y las segundas son prácticamente autónomas unas de otras y además numerosísimas.

El protestantismo es una religión de fe individual, nacida de la doctrina del libre examen. Según esta doctrina, el hombre que no puede o que es incapaz de buscar una solución por sí mismo, y se contenta sencillamente con obedecer las sugerencias de otro, no es más que un diminutivo de hombre, un homuncillo, un *homunculus*.

La aplicación de este principio, constituye a la vez la contradicción interior y la fuerza progresiva del protestantismo, es decir, en otras palabras, el espíritu de conservación que lo sujeta apegado al cristianismo y el espíritu de independencia, que reclama su derecho para examinar las cosas por sí mismo, reteniendo lo que le parece bueno.

Si se pregunta a los protestantes qué es lo que creen, se recibirán muy diferentes respuestas, según el grado de cultura o la índole religiosa del interrogado. Como la inter-

pretación es libre, las fórmulas dogmáticas protestantes pasan siempre, puede decirse, en continuo vaivén, y no estando seguras de su absoluta verdad, se excusan diciendo que toda variación significa progreso, y que todas las religiones han tenido variaciones, lo que no es exacto en cuanto a la Iglesia Católica Romana se refiere.

El protestantismo, pues, no acata ninguna autoridad espiritual de hombre, sino únicamente la de Dios que habla en la Biblia y en la conciencia de cada cual. Es el testimonio interno del Espíritu Santo y de gran comodidad personal por su irresponsabilidad. No se necesitan sacerdotes como intermediarios entre Dios y los hombres, y sus pastores no son más que hermanos especialistas y dedicados al ejercicio de las prácticas y usos del culto.

Este espíritu de crítica y de revisión, produjo desde el principio la separación y divorcio de sus tres grandes jefes, Lutero, Calvino y Zwinglio, que no pudiéndose poner de acuerdo sobre muchas cuestiones, principalmente en la interpretación de los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía, fundaron tres diferentes escuelas, a menudo rivales y adversarias.

Es difícil hacer un estudio de conjunto, por breve que sea, de la variedad de matices y de grados de las iglesias protestantes, por lo que se hace preciso examinarlas separadamente por países.

En Alemania, por ejemplo, hay tantas iglesias como Estados componen la República, ya que según el régimen establecido, son estos Estados los dueños de la política religiosa. Los desastres de la gran guerra y después la inflación económica, produjeron en el protestantismo alemán una profunda crisis, que no pudo ser contrarrestada por falta precisamente de un centro de resistencia y de dirección. La doctrina de la libertad le fué funesta en estas circunstancias, y en lugar de servirse de ella para constituirse con plena lógica del principio fundamental, el protestantismo alemán ha echado mano de ciertas organizaciones que garanticen su estabilidad y firmeza, a pesar de las protestas, reacciones

y apostasías de un número considerable de sus adeptos.

Dos tendencias se notan hoy día en su seno: una quiere mantener con rigor las antiguas confesiones de fe, que es el partido de los ortodoxos, y otra quiere que se enseñe el Evangelio según la conciencia y las convicciones históricas y religiosas, no por medio de dogmas ya pasados de moda. Los que siguen esta tendencia forman la **Asociación del Cristianismo Moderno**.

El protestantismo alemán trata de fundar una Federación de Iglesias Evangélicas, a imitación del sistema federal político creado por la Constitución de Weimar, que englobe y comprenda todas las comuniones regionales para una acción común. Si esto se logra realizar, la guerra que tumbó el imperio traería ese buen resultado para la República, conciliando en un terreno práctico, por un lado, la unidad indispensable para su mantenimiento y subsistencia, y por otro, el criterio de libre examen, de que no puede alejarse el protestantismo sin renegar de su propia vida.

En los otros países menores protestantes de Europa, como Dinamarca, Holanda, Noruega, Suecia y Finlandia, las cosas pasan más o menos como en Alemania. El racionalismo y el modernismo quebrantan la fe tradicional de esas iglesias, provocando la división y subdivisión de nuevas más pequeñas comuniones, que no tienen otro lazo común más que el reconocimiento de Cristo como jefe espiritual. En esos países se desconoce casi enteramente el catolicismo romano, a tal extremo que el número de estos fieles es realmente insignificante. En Suecia, por ejemplo, que tiene una población de seis millones de habitantes, no hay más de cinco mil católicos romanos.

En Estados Unidos las cosas pasan de diferente manera. En ese inmenso continente hay espacio y lugar para todo, y aunque las iglesias y sectas protestantes se cuentan por varios cientos, según sus pliegues y matices, este campo religioso es también un campo ilimitado para la inventiva norteamericana. Allá dicen que para los efectos de la salvación, basta y sobra con creer y confiar en

Cristo, porque la verdadera fe, la que regenera y purifica, se concilia muy bien con todas las organizaciones eclesiásticas. En esta inteligencia, nacen frecuentemente nuevas sectas, que así como nacen, desaparecen, sin dejar rastros en la historia religiosa del país.

Las tres mayores agrupaciones religiosas que se dividen el campo de Norte América, son: la protestante que comprende como 87 millones de prosélitos, la católica romana con más de 20 millones y la judía con más de tres millones. El saldo de la población se lo dividen las demás confesiones, de las que se pueden contar como treinta iglesias importantes.

En la institución en que más exactamente se refleja esta multiplicidad de creencias del pueblo norteamericano, es en la Cámara Federal de Representantes que sesiona en Washington. Pues bien, en 1928, los miembros de esta Cámara, en materia religiosa, estaban clasificados así: 94 metodistas, 64 presbiterianos, 51 episcopales, 35 católicos romanos, 26 congregacionistas, 20 discípulos de Cristo, 16 luteranos, 10 judíos, 4 unitarios, 3 reformados holandeses, 3 cuáqueros, 18 masones, 6 sin confesiones, 11 protestantes no especificados, 1 mormon, 1 cientista, 1 menonita, 1 hermano unido y 18 cuyas creencias se ignoraba.

Los pastores han dado una voz de alarma, diciendo que el protestantismo atraviesa en su país por una crisis de fe, y que se encuentra amenazado por el doble peligro de la indiferencia y del catolicismo. En realidad, este último credo progresa más que ninguno de los otros, proporcionalmente, en el seno de esa democracia, en donde se admira su uniformidad y fijeza de creencias, su inmutabilidad, su espíritu de caridad y de sacrificio y su sólida organización eclesiástica y canónica.

Con el objeto de resistir a esos dos peligros, se han agrupado las principales iglesias alrededor de un Consejo Federal, cuerpo activo, rico y poderoso, puesto al servicio de los intereses generales del cristianismo disidente. Este Consejo trabaja dentro y fuera de los Estados Unidos con los mismos métodos como puede hacerlo el directorio de un

trust comercial, y se ocupa aun de cosas que son extrañas a la fe protestante, como la paz mundial y la aproximación y confraternidad de todos los pueblos. Subvenciona misiones para evangelizar los pueblos más atrasados, funda escuelas, colegios y revistas y no economiza dinero para conseguir la expansión mundial del protestantismo. En 1925 repartió varios millones de Biblias traducidas a casi todos los idiomas indígenas.

Inglaterra es también oficialmente un país protestante, en que el rey o la reina es su jefe titular, como Defensor o Defensora de la Fé, y el arzobispo de Cantorbery es su jefe eclesiástico. La reforma de Inglaterra la hizo Enrique VIII por razones personales y distintas de los de Lutero; pero fué su hija Isabel la que fundó verdaderamente la Iglesia de Inglaterra o sea la Iglesia anglicana, dándole una organización monárquica y episcopal.

La iglesia anglicana, lo mismo que la Constitución Política del Reino Unido, se ha hecho y evolucionado sin planes previos ni preestablecidos, y lo mejor que tienen las dos, como lo dijo un tratadista, es que no son lógicas. Se han formado a medida de las necesidades del país y al azar de los acontecimientos, más o menos según las tendencias e inclinaciones religiosas. Ni la Constitución ni la iglesia anglicana tienen codificados sus cánones y son dos obras maestras del oportunismo.

La doctrina de la iglesia está toda entera en el célebre *Common Prayer Book*, libro oficial de oraciones, aprobado por la Cámara de los Comunes en 1552, y que es una especie de segunda Biblia, un devocionario, en donde se encuentran motivos de meditación y de recogimiento, la base del culto y el orden de los servicios religiosos.

Al frente de esta iglesia oficial, se levantaron en épocas ya lejanas otras comuniones o iglesias que no encontraban su ritualismo bastante conforme con la simplicidad evangélica, y de aquí salieron los puritanos de Cromwell, que querían vivir personalmente bajo las reglas del puro Evangelio. Otra iglesia se llamó presbiteriana, porque confía la autoridad diocesana y el cuidado de sus bienes, no

a los obispos, sino a unas juntas o consejos formados por el pastor y algunos laicos, que grupos se formaron otros menos numerosos denominan presbiterios. Detrás de estos, como los moraves, los cuáqueros y los unitarios que tienen la especialidad de negar el dogma de la Trinidad.

En Inglaterra, pues, la iglesia oficial, como el protestantismo, tendió desde sus primeros días a segregarse, a dividirse, siguiendo también las inspiraciones del libre exámen.

La iglesia anglicana no es, en realidad, más que una parte del protestantismo inglés, porque éste nació con Wyclif en el siglo XIV que combatió los abusos de las iglesias medievales, y no reconoció más autoridad que la de las Santas Escrituras y la opinión que cada uno se formara de ellas. Este movimiento de Wyclif fué cronológicamente anterior al de la reforma del centro de Europa, y muchos críticos ven en él el primitivo germen del modernismo contemporáneo.

No es cosa fácil señalar el lugar que tiene dentro del Estado la iglesia de Inglaterra. El soberano es sin duda alguna su gobernador supremo; pero el poder teológico reside positivamente en la Cámara de los Comunes. El dominio geográfico de esta iglesia, está limitado al suelo propio de Inglaterra y de Gales, porque en Escocia la iglesia oficial es la prebisteriana y en Irlanda, hay separación del Estado y de la iglesia, con predominio del credo católico romano.

La religión forma parte de la nacionalidad de los ingleses y coloca a la iglesia de Inglaterra cerca de su bandera y de su rey. La religión, para un inglés de mediana cultura, es una parte activa y cotidiana de su vida, no sólo cuestión de los días Domingos. Sin embargo, en sus fieles se ha infiltrado el indiferentismo y ha bajado mucho la asistencia a los oficios y la lectura de la Biblia. Los hombres ocupados dicen que no tienen tiempo ni interés de leer historias de hace dos, tres o cuatro mil años, y con el fin de prevenir esta mala excusa se han dado a la publicidad compendios y resúmenes de los libros de los Testamentos, que algunos han calificado jocosamente de Biblia en pastillas.

Hoy día la iglesia de Inglaterra atraviesa también por una seria crisis, talvez la más grave desde su fundación. Esta crisis tiene doble carácter interno y externo; interno, es una crisis de fé y externo, es el proyecto de unión de todas las iglesias de Gran Bretaña, para cooperar juntas al bien común.

Al igual que el protestantismo, el anglicanismo siente la necesidad de la unión para evitar la disolución definitiva en pequeñas partículas. Esta crisis que se viene acentuando y reagrandando desde hace ya muchos años, talvez desde el movimiento de Oxford de mediados del siglo pasado, ha separado prácticamente a la iglesia anglicana en dos y en tres partidos o secciones, que llevan los dictados de Alta, Mediana y Baja iglesia, como quien dice en términos corrientes actuales: derecha, centro e izquierda.

La alta contiene la mayoría del clero conservador de la doctrina primitiva y se inclina en sus ceremonias y ritos a sus orígenes católicos; la Baja tiende a seguir las nuevas ideas modernistas y la Mediana la compone el inmenso número de los indiferentes.

El anglicanismo de la Alta iglesia no quiere ni siquiera que se le llame protestante y sostiene que es la verdadera y legítima iglesia católica, más legítima aun que la misma de Roma, según lo manifiestan sus bases históricas.

De la Alta iglesia salieron en otro tiempo los eminentes prelados católicos Newman, Manning y Waugham. Se nota en ella un creciente gusto por las ceremonias fastuosas, por objetos benditos, por reliquias de santos, por la devoción a la Santísima Virgen y hasta por las peregrinaciones petitorias a las aguas milagrosas de la fuente de Walsingham. Estas cosas significan otras tantas transgresiones de los principios fundamentales del anglicanismo y del protestantismo, que fueron tachados en épocas no muy distantes de supersticiones italianas.

En el seno de la iglesia anglicana hay desorden, indisciplina y una increíble desorientación de los espíritus en materia de creencias religiosas. Algunos fieles alteran a su sabor las fórmulas de las ceremonias, imponiendo su manera de pensar y aun prescriben al

pastor el sentido de los temas de que debe ocuparse. Las conferencias que de tanto en tanto tiempo celebran en Londres los obispos y el clero anglicanos, no han traído beneficios sensibles, y se ha visto el caso raro de alzarse pastores contra sus obispos y obispos contra el parlamento. Lo peor es que mientras dura la discordia entre los pastores se desbandan y dispersan las ovejas, por lo que la iglesia está viendo la decadencia de su influjo y de su decoro.

El punto vivo de la crisis está reconcentrado en el Libro de Oraciones, que unos quieren reformar para adecuarlo a la vida moderna, lo que va contra la índole tradicional del pueblo inglés y contra la fuerza de sus hábitos. Todo lo que contiene ese libro es materia legal, y toda omisión o agregación va en contra de la disciplina de la iglesia. En 1927 una asamblea de la Alta iglesia aprobó un nuevo Libro de Oraciones, revisado y corregido, pero fué desaprobado por la Cámara de los Comunes, y otro tanto sucedió en los años siguientes. Se han propuesto varias sistemas de transacción, como el empleo de oraciones alternativas, que consiste en insertar oraciones de diferente naturaleza para que el interesado elija la que más se acomode y congenie con su modo de pensar o su gusto. Este procedimiento no ha sido considerado como bastante serio, aunque sí muy práctico, y la cuestión ha quedado hasta hoy sin resolución.

Se ha hablado en los últimos años de un acercamiento e inteligencia con Roma de la Alta iglesia anglicana, y como pruebas se citan las Conversaciones de Malinas, habidas en Bélgica de 1921 a 1925, entre autoridades católicas y anglicanas. Esas conversaciones de carácter informal, como se dice en lenguaje diplomático, tuvieron efectivamente ese objeto, pero no llegaron a resultados, porque las partes, no obstante sus deseos de entenderse, no cedieron todo lo que era menester para producir un acuerdo completo. Roma exige la sumisión absoluta en todo orden de cosas para mantener la unidad y pureza de la doctrina y de las leyes canónicas, haciendo concesiones en materia de ritualidad, como las tienen algunas iglesias cristianas del

Oriente, y la iglesia de Inglaterra exige el mantenimiento de su independencia eclesiástica y gerárquica para no herir de frente la susceptibilidad británica.

En Inglaterra la historia de la iglesia nacional y la del Estado están tan íntimamente ligadas que sería difícil separarlas. En el pensamiento inglés, la institución de su iglesia marca el día de su liberación de un poder extranjero, que era el del obispo de Roma, continuador de la antigua potencia imperial romana. Es una herencia patriótica sobre la que no se admite discusión. No parece, pues, estar a la vista todavía el día de la reconciliación de Roma con Inglaterra, porque el fondo del alma inglesa permanece más o menos en lo mismo que ha sido desde hace varios siglos. "No popery, no popery", no papismo no queremos papismo, es la expresión popular cuando se interroga sobre este particular. Sin embargo, las conversaciones de Malinas significaron un acontecimiento que habría parecido inverosímil hace veinte años: continúa la evolución interna del alto anglicanismo y las cosas parece que se fueran preparando lentamente a soluciones nuevas y quizás imprevistas.

Y ahora bien, contemplando el espectáculo de conjunto de todo el mundo protestante, no puede menos que causar sorpresa su energía de vida y de desarrollo, a pesar de las causas doctrinarias que no sólo impiden su unificación, sino que estimulan y fomentan su desagregación. Es una de las más poderosas fuerzas espirituales del mundo, y desempeña gran papel en la empresa de su reconstrucción. Sus adeptos, que conocen bien su debilidad congénita, tratan de una vez por todas de corregirla y proyectan la unión de las iglesias protestantes de todo el orbe, no en uniformidad de doctrina, porque esto es imposible, sino en unión de *facto*, de hecho, para defender los intereses que les sean comunes. En las ciudades de Stokolmo y de Lausanne se verificaron hace poco tiempo algunas conferencias mundiales en este sentido, que si no dieron los frutos esperados entonces, se buscarán en conferencias posteriores.

Los misioneros protestantes, animados de gran celo, van a todas partes de la tierra,

principalmente a los centros más poblados de Oceanía y del Africa, y aunque no concuerdan con los suyos nuestros principios católicos, miramos con verdadera satisfacción la obra civilizadora que ejecutan en los pueblos atrasados o de media barbarie.

Se nota, en todo caso, el despuntar de una reacción tradicionalista y de autoridad contra la anarquía individualista que representa el libre examen y la soberanía del juicio privado, cuyas consecuencias finales han sido la volatilización de toda concepción dogmática y la interpretación más subjetiva de la conciencia religiosa. El movimiento de la alta iglesia anglicana comienza ya a hacerse perceptible en el luteranismo alemán y sueco, y han comenzado también las primeras discordias para impugnar y rechazar las ideas llamadas *catolizantes*. Estos síntomas hacen pensar que por todos los caminos se llega a Roma y que los designios de la Providencia no están al alcance de la inteligencia de los hombres.

Y ahora, después de esta rápida revista, podemos contemplar con mirada afectuosa el espectáculo de la Iglesia Católica.

La iglesia católica no solamente ha salido sin menoscabo de la conmoción de la guerra mundial, sino que más fuerte que nunca y más engrandecida. No tiene por qué temer las contingencias del futuro. El último recio ataque en contra suya, promovido por los errores del modernismo, fué anterior al año 14, y fué también refutado y extinguido por Pio X en su magnífica encíclica *Pascendi dominici gregis*, que tiene enorme trascendencia para la fé católica.

La iglesia se ha concentrado en torno de la silla de Pedro, su disciplina jerárquica es más rigurosa y su vida espiritual es más profunda. El catolicismo romano en el presente siglo da la impresión de una fuerza poderosa, rica de las experiencias del pasado y que renueva en cada generación su perpetua juventud.

Su fuerza de crecimiento es incontenible, la obra de sus misiones apostólicas ocupa hoy día como a trece mil obreros sacerdotes que van también a todas partes de la tierra, aún a aquellas regiones escondidas cuyos pobladores los rechazan con bárbara violencia,

y en donde si no han podido hacer cristianos han sabido hacerse mártires.

Su clero secular pasa de 315 mil individuos, de ochocientos el número de sus obispos con diócesis y de 310 millones el número de sus fieles.

Estas cifras se aprecian tanto más, cuanto se conoce la distribución de la población del globo terrestre en materia religiosa, que según una estadística de hace cinco años, era como sigue: 310 millones de católicos romanos; 157 millones de cismáticos orientales; 16 millones de judíos y 215 millones de protestantes. El resto del género humano, calculado en 800 millones ignora la revelación cristiana, y se descompone en 200 millones de mahometanos, 500 millones de budistas y brahmo-indúes y 100 millones de otros cultos, sectas y supersticiones.

El porvenir no es igual para todas estas confesiones: las religiones milenarias asiáticas están consumiéndose por falta de renovación, petrificadas o en decadencia y el islamismo, el judaísmo y el protestantismo presencian el debilitamiento de sus filas por sus fracciones y divisiones doctrinarias, nacionales y regionales.

Este porvenir inquieta a muchos de sus críticos observadores, que llegan a pensar en la extinción de todas las religiones y en la sustitución de ellas por una sola religión universal, que sea como un sincretismo del judaísmo y del cristianismo. Piensan en que aun como hay tendencias por la asimilación civil y política, las hay también por la asimilación religiosa de todos los hombres, y que si esta transformación se realiza, se formaría una religión superior, que conciliaría la noción de la divinidad con los postulados de los más profundos conocimientos humanos. Sería una religión científica, producto artificial de los sabios, destinada a satisfacer las refinadas exigencias intelectuales. Es también la aspiración del más perfecto modernismo.

En cuanto a la Iglesia Católica concierne, puede aún afirmarse que los desastres de la guerra le han sido benéficos, porque han suprimido los obstáculos que se oponían hasta

hoy a la aproximación del Oriente ortodoxo al Occidente latino.

La desgracia rusa los ha unido. La caída de la Rusia imperial, que era la protectora oficiosa y declarada de los intereses espirituales y temporales del Oriente cristiano, ha terminado con la adhesión de las iglesias greco-eslavas. La atracción rusa ha sido sustituida por la atracción revolucionaria en todos sus efectos políticos, morales y psicológicos. Está vacante en la iglesia ortodoxa el lugar de este polo eclesiástico.

Otro obstáculo que estorbaba la reconciliación de las cristiandades balcánicas y danubianas con Roma, era que la causa católica romana aparecía en esos territorios como estrechamente ligada al destino político del imperio austro-húngaro. Hoy ha desaparecido también este obstáculo con el derrumbamiento de ese edificio secular.

Otra causa más de desconfianza de los ortodoxos orientales con Roma, era que, en el caso de una reconciliación, tendrían que adoptar la lengua, los ritos y las liturgias latinas, perdiendo así sus tradiciones ancestrales, perspectiva que les produce fuerte resistencia y como si fuera cuestión de patriotismo nacional. Sin embargo, la diversidad de ritos y de lenguas litúrgicas no es óbice para la unidad de la fé católica y la obediencia al Papa. Los cristianos orientales unidos a Roma son actualmente como 8 millones y tienen diferentes ritos, como los coptos, los armenios, los sirio-caldeos, los sirios-maronitas y los griegos. En previsión de estos acontecimientos, ha creado la Santa Sede una Congregación romana para los ritos orientales, encargada de promover con honor esta deseada unión.

Se ha creado así mismo un Instituto Pontificio Oriental como centro de estudios históricos y litúrgicos de las iglesias del Oriente. Así Roma no será encontrada desprevenida cuando llegue la oportunidad.

Pero el enemigo de todos los cultos, especialmente del culto católico, es el laicismo, que puede acaso definirse como un ateísmo jurídico, que desecha toda idea de espiritualidad. El laicismo tiene carácter internacional y se opone sistemáticamente a toda difusión y manifestación de principios religiosos en

nombre de la igualdad y de la libertad de pensamiento. Su doctrina dice que la autoridad ejecutiva superior debe ignorar en absoluto toda tendencia sectaria, que queda relegada al fondo de la conciencia individual, sin reflejo ni transparencia en las cosas públicas, ni en la legislación, ni en los servicios del Estado.

El laicismo ha sido materia de discusiones y ya León XIII lo definió en su encíclica *Diuturnum illud*, relativa al origen del poder público. Está destinado a tener sin embargo, mucha trascendencia futura, y para algunos tratadistas es el más temible de los enemigos que quedan al frente de la Iglesia Católica.

La reconstrucción del mundo, pues, tiene que tomar en cuenta las fuerzas espirituales y morales que mueven el espíritu de los hombres, y ningún sistema religioso puede aportar más valores ni más perfectos para la ejecución de esa obra gigantesca como la Iglesia Católica Romana. Los proyectos materialistas que se han propuesto, no pueden satisfacer las necesidades del mundo y si únicamente se emplean esos proyectos la nueva construcción será tan endeble que parecerá hecha sobre bancos de arena.

Estamos, sin duda alguna, a la puerta grandes acontecimientos; pero los católicos podemos ampararnos confiadamente bajo el

escudo de la Iglesia, que lleva en sí la promesa de su vida inmortal, dada por su divino fundador.

Lo que necesitamos es tener fé, fé inquebrantable en Dios y en sus verdades reveladas.

Nuestra actual situación se asemeja a la que tuvieron algunos apóstoles en dos ocasiones en una barca del lago de Genesareth. Una vez los sorprendió una tempestad en medio del lago, y despertaron a Jesús que dormía para advertirlo del peligro y pedirle que los salvara. Jesús calmó las olas y sujetó los vientos, pero les dijo como reproche: ¿De qué teméis hombres de poca fé?

Otra vez, — yendo por el mismo lago en dirección de Cafarnaum, — Jesús los alcanzó desde tierra, caminando sobre las aguas, y ante el miedo de los apóstoles que en la noche lo creyeron un fantasma, se dió a conocer y mandó a Pedro que fuese a su lado y le dió la mano para que no se hundiera, diciéndole también como reproche: "Hombre de poca fé, ¿por qué has titubeado?"

Tomemos lección de estos dos pasajes del Evangelio, con la absoluta certidumbre de que por muy fuertes que sean las tempestades que tengamos que afrontar, si llamamos a Jesús con fé en nuestro auxilio, El nos tenderá su mano salvadora.

Botellería Fiambrería «Standard»

ESTADO 129 — TEL. 88442 — SANTIAGO.

Productos escogidos de 1.ª calidad. — Vinos, licores de varias marcas, en especial de la Quinta Normal. — Conservas, Frutas secas, fiambres, quesos, mantequilla, etc.

DESPACHO INMEDIATO A DOMICILIO.

P. Martín Gillet,

Maestro General de la Orden de Predicadores

LA MUJER Y LA VERDAD RELIGIOSA

No es aquí el caso de llevar la cuestión a "que la mujer sea más o menos inteligente que el hombre", porque, en verdad, ella no lo es ni más ni menos, sino que es inteligente en un sentido diverso.

Menos accesible que el hombre a las ideas generales, no tiene, en igual grado, la avidez, ni tampoco el gusto. La idea por sí misma no la seduce. La exhuberancia de su sensibilidad se le opone, y sus profundas necesidades de vida la disuaden. En las ideas más altas, y más abstractas, de las cuales muchas le son familiares, sin que ninguna le huya, la mujer ve ante todo un medio de acción.

Pero, este punto es necesario entenderlo bien: porque el dominio de la acción es inmenso y, especialmente para una mujer cristiana, se extiende desde las más humildes ocupaciones, hasta las cumbres de la contemplación.

Contemplar, en verdad, no quiere decir simplemente fijar la mirada del espíritu sobre un pensamiento abstracto para regocijarse en él, aunque fuese solamente el pensamiento de Dios; contemplar es, sobre todo, hacer descender este pensamiento en el corazón, para enardecerlo, vivificarlo y, después de haberlo impregnado de esta fuerza irresistible que viene del corazón, transformar el pensamiento en acción.

En estas alturas, la contemplación no es otra cosa que el pensamiento en acción; no es otra que hacer sentir su fecunda influencia hasta en los más pequeños arroyos de la vida cotidiana, de tal manera que, en cada gota del río, se encuentren las generosas cualidades del agua manantial. Sta. Catalina de Siena y Santa Teresa de Avila fueron mujeres incomparables de acción, porque en cada instante de su vida sumergían su alma en el fuego de la contemplación. Esto demuestra como es cierto que la mujer posee en grado eminente el secreto admirable de poner espontáneamente su pensamiento al servicio de su vida; mientras, que el hombre, por el contrario, parece por su naturaleza más elevado a poner su vida al servicio del pensamiento.

En el bosquejo general de la Providencia, esta natural diversidad de actividad del hombre y de la mujer en relación a la verdad, cuanto más armoniosa es, resplandece de una soberana belleza.

A la mujer, que sobre todo quiere pensar para obrar, y de la cual la acción no es más que la irradiación de la contemplación, le basta tener la fe para alcanzar a manos de llenas los tesoros de la verdad revelada, en donde ella encontrará en abundancia cómo nutrir la inteligencia y hacer palpar su corazón.

El hombre, en cambio, debe primero que todo vivir bien y para ésto conocer la verdad religiosa, y está más penetrado de aquella necesidad de saber por saber; el hombre, digo, que es atraído por la ciencia encontrará, en su fe en la revelación, un medio preparado para librarse de la búsqueda de la verdad esencial de cada vida moral, y podrá tranquilamente entregarse a la búsqueda de otras verdades accesibles y modestas, pero que son siempre el honor y el adorno de la humanidad y pueden, a su modo, elevar el alma hasta Dios.

¿Cómo, hombres inteligentes, no llegan nunca a comprender estos desig-nios providenciales, en los cuales todavía resplandece una incomparable belleza,

y continuamente, sin motivo, oponen la razón a la Fe? ¿No ven pues que, facilitando a todos los espíritus, con el compendio de la Fe, el acceso al dominio divino, en donde el corazón se alimenta y llega a dar su verdadero precio a la vida, Dios satisface en conjunto las exigencias morales de la mujer, con cuya impaciencia de obrar ella alcanza la posesión de un pensamiento bastante alto para circundar las luces de todos sus actos; y satisface igualmente las exigencias del hombre, que, una vez en posesión del pensamiento, tiene todos los medios para recorrer las vías de aquí abajo, que conducen a los venerados santuarios de la verdad y de la belleza?

Así considerada, en su conjunto, la revelación aparece verdaderamente como una obra libertadora. Esa inteligencia libre del hombre y el corazón de la mujer, le da a cada uno su parte de verdad, que mejor corresponde a la propia naturaleza y, al mismo tiempo, da a conocer la vía que debe seguir para poner en armonía el propio método de educación religiosa con las admirables miras de la Providencia.

La mujer, ciertamente, tiene menos disposiciones que el hombre para encerrarse en un laboratorio, o para ocupar su vida en las abstracciones, pero ella tiene disposiciones apreciables y del todo personales para alcanzar la cumbre de un pensamiento, como el pensamiento cristiano, el cual estando completamente impregnado de amor, no pide otra cosa más que inflamar el corazón, y hacerlo capaz de los más grandes sacrificios.

Pero para que la verdad religiosa eleve así a la mujer por encima de sí misma, le inflame el corazón, y le extienda hasta lo infinito su campo de acción, es necesario que toda la belleza de esta verdad le sea revelada, que se penetre en su espíritu y su alma se sacie con ella.

Bajo pena, pues, de traicionar los intereses de Dios y aquellos de la humanidad, la verdad religiosa debe enseñarse a la mujer con un cuidado particular. Los hombres también, en la medida que les sea posible, debe dejar a la mujer el tiempo necesario para profundizar y asimilar esta verdad. De otro modo, se atenta contra el porvenir moral de la mujer; y por consiguiente de los mismos hombres, puesto que todos, hasta la edad viril, son criados y educados por la mujer.

Se podría objetar — y no es la primera vez — que en cuanto a la verdad religiosa, el problema de la educación intelectual de la mujer no se presenta después en términos tan urgentes. Porque la verdad religiosa le fué expuesta bella y clara por la revelación, y la Fe, que Dios gratuitamente ofrece, le da el beneficio de conocerla sin tanto estudio. ¿Y ahora, para qué torturar inútilmente la inteligencia de la mujer, mientras es tan fácil, y aparentemente meritorio, el empuñarla?

Es cierto que la Fe, como la verdad religiosa, armoniza perfectamente con la naturaleza de la inteligencia femenina—y ella está, como la mujer subordinada a la acción, porque tiene como someter la conducta a las divinas exigencias — pero la fe no adquiere esta vitalidad más que con el soplo del amor que vivifica. Ya que es la caridad que le da la Fe viva: y, haciendo pasar al corazón de una mujer la verdad recibida en la mente, transforma la contemplación en acción.

¿Podemos nosotros tal vez olvidar un sólo instante que la Fe, precisamente porque es una gracia, un don gratuito de Dios, tiene necesidad, para brotar, para crecer y madurar, de radicarse profundamente en la naturaleza y que esta

radicación se obtiene con la intervención de Dios, no excluyendo también la nuestra?

La naturaleza humana, en la cual Dios hace germinar la gracia, no producirá sus frutos de vida, sino cuando pongamos nuestra parte de esfuerzo y de fatigas. Porque la gracia, en ninguna de sus formas, destruye la naturaleza, ni tampoco hace abstracción de sus leyes. Sin duda, Dios puede bien suplir con su gracia el trabajo intelectual de aquellos que son incapaces, teniendo en cuenta sus oraciones y la buena voluntad; pero aquellos que han recibido de El, por medio de la naturaleza, el don de la inteligencia, deben servir de ella para iluminar y fortificar su Fe.

Dios nada hace en vano; la naturaleza, como la gracia, es obra de sus manos, y no veo por qué, en nombre de una falsa mística, dentro de la cual se esconde casi siempre el miedo del esfuerzo mental, nosotros no ponemos todas las fuentes de la naturaleza a disposición de la gracia, cuando Dios mismo lo exige, y nosotros no tenemos motivo alguno para sustraernos a sus designios.

No digamos pues, con imperdonable ligereza, que la Fe de la mujer no necesita el concurso de su inteligencia; sino tengamos más bien la sabiduría de reconocer que este concurso le es más necesario que al hombre, dada su compleja naturaleza, y la preeminencia en ella de la sensibilidad sobre sus otras facultades. Si a las imágenes e impresiones de toda clase que de continuo se agitan en la superficie de la mente femenina, no se les pone barrera, podrían llegar a destruir las preciosas semillas de las verdades sobrenaturales que la revelación ha depositado en ella.

Una mujer inteligente no debe creer sin razón, porque los motivos de creencia, si no engendran la Fe, pueden servir de dique natural contra las imprevistas rebeliones de los sentidos y de la imaginación. Con fuertes argumentos, en apoyo de la Fe, tiene una mujer un grado más para asimilar intelectualmente las verdades reveladas y dejar a ellas el tiempo de inflamar el corazón.

Además si se considera que en el corazón de cada mujer, digna de tal nombre, está como escondida una madre, pensad en la multitud de madres, según la naturaleza y según la gracia, a las cuales Dios ha confiado la tarea de proveer a las necesidades de la vida sobrenatural de los hijos; y comprenderéis cuan importante es que la Fe de la mujer sea fuerte e iluminada. No es exagerado el sostener que el porvenir moral y religioso de un pueblo depende, después de Dios, casi únicamente de la mujer; porque nada hay más difícil en el mundo y más temible que la educación de los niños, y no hay nadie como la mujer que esté más ricamente dotada por la naturaleza de las cualidades requeridas para la educación de los niños. Entre la mujer y el niño, la Providencia ha establecido las suaves e íntimas armonías, que ninguna otra persona puede poner de acuerdo. En una edad en que el niño, para aceptar la verdad religiosa, necesita hacerla pasar a través del corazón, tiene ahí a la madre que se la enseña después de haberla hecho pasar ella misma, por su corazón. Y porque, en la mente del niño, dada su sensibilidad extrema, la Fe queda expuesta a los mismos peligros que en la mente de la madre, tiene ella que tener una Fe iluminada, que pueda responder a todas las necesidades intelectuales del niño, y a todos los peligros que amenazan la Fe. En una palabra, se hace necesario que el niño, en la edad en que la razón comienza a destacarse y a querer juzgar su Fe, no tenga que dudar de la inteligencia de su madre, como no duda de su corazón.

A. Brucculeri, S. J.

El carácter ético de la economía política

(Continuación)

¿Pero no sería mejor que la moral independizara lo útil, "cuando se trata — como diría el Prof. Mazzei — de dar normas a la actividad humana", y lo dejara por tanto libre para crearse sus leyes y sus sistemas? La ética, en otros términos, no debería intervenir sino cuando se pasara a la actuación del dictamen económico, para calificar el valor moral, y oponer su veto a los abusos.

De cuanto hemos dicho del carácter práctico de la economía, no podemos admitir que la norma ética sea solamente interrogada y consultada en la ejecución del precepto económico, sino también en la misma elaboración científica de él, para formular las premisas, proporcionar las nociones, fijar sus límites, justificar el contenido. Si una ciencia práctica pudiera mantenerse fuera de toda consideración moral, la eugenesia podría entonces prescribir, en nombre de la raza, los procedimientos y las instituciones más inmorales, sin excluir el Gran Magistrado de Campanella: la pedagogía en nombre de los derechos del niño podría proponer toda la libertad de los instintos; la política inculcar las normas del éxito, recomendada por Maquiavello, bajo la égida de la razón de Estado. Todas estas aberraciones tendrían el pleno derecho de ciudadanía científica, y solo cuando se debiera ponerlas en ejecución, se pediría el salvoconducto a la moral. La economía podría introducir, como lo hace Aristóteles, la esclavitud como el más útil instrumento de producción. Si esto no sucede se debe a que los economistas—a pesar de sus principios — no se separan del todo de los dictámenes de la moral y dejan en suspenso la teoría para obedecer al buen sentido.

Pero si la ciencia económica — se podría todavía objetar — debe estar subordinada a los principios éticos ¿cómo se podría hablar en adelante de la autonomía del hecho económico o de la economía como ciencia in-

dependiente?" (Benedetto Croce: *Il giudizio economico e il giudizio tecnico*).

Admitamos, antes de dar una respuesta directa a la cuestión, que la economía puede con buen derecho gloriarse del nombre de ciencia, ya que posee los elementos constitutivos de ella: multiplicidad de datos en torno de un centro único, punto de vista exclusivamente propio (objeto formal) al considerar su campo de estudio, que es la riqueza. Aunque otras ciencias se aplican a su manera este mismo objeto material, como la minereología, que descubre al hombre grandes cantidades de tesoros inexplorados; la física misma, la química, la botánica y otras ciencias se ocupan de las riquezas naturales. Mas, la economía al considerar la riqueza atiende a las relaciones sociales que ella crea entre los hombres que se dedican a producirla, intercambiarla, distribuirla y consumirla. Tiene, pues, la ciencia económica su completa individualidad y consiguientemente su autonomía, con la cual se distingue con nitidez hasta de las ciencias afines, o sea, de las otras ciencias sociales, como la política, la ética, el derecho.

Pero toda autonomía no significa independencia, e independencia absoluta, bajo cualquier aspecto. Ciencia autónoma significa un objeto formal propio, el cual no se comparte con otra ciencia; porque, en tal caso, formaría parte de esta última, perdiendo así su individualidad. Las diversas ciencias no son sino ramas de un tronco único, o sea, de la verdad, que por sí misma es única; pero la impotencia de nuestro intelecto para abrazarla en su totalidad nos obliga a observarla por partes, bajo un aspecto determinado, con exclusión de los otros, de donde resulta la multiplicidad de las ciencias. Hay pues, entre ellas la misma conexión, solidaridad y dependencia que existe entre las diversas ramas de una misma planta (H. Pesch: *Manual de Economía Nacional*).

Si la economía no puede llamarse autónoma porque reconoce los postulados de otra rama del saber, ¿cuáles serían las ciencias autónomas? Como la Astronomía y muchas otras ciencias pueden llamarse autónomas a pesar que deben recurrir a las matemáticas, como la pedagogía no pierde su carácter autónomo aunque deba acogerse a los elementos de otros órdenes de conocimientos, como la psicología, la antropología, la higiene, la historia así también la economía podía llamarse autónoma aunque deba depender de la ciencia moral. Oportunamente escribe Toniolo: "Se confunde autonomía e independencia. Cada rama del saber analiza aspectos particulares de la verdad, justas distinciones que no son arbitrarias sino fundadas sobre la variedad natural de los objetos y de los oficios científicos. En tal sentido cada rama es autónoma, pero no independiente. Todas estas ramas conservan el carácter común de ciencia. Ningún otro siglo conoce, mejor que el nuestro, esta interdependencia. Toda ciencia toma sus materiales de verdades superiores ya anteriormente conocidas con el nombre de postulados y tomo el saber parte de alguna verdad evidente, anterior a toda investigación científica, que se denominan axiomas. Estas y otras razones valen para la economía social, la cual versa sobre las actividades de la riqueza y estudia las relaciones entre el mundo humano por un lado y el mundo de la materia por otro.

Otra objeción contra el carácter ético de la economía ha sido hecha por el profesor Lorenzoni: "La actividad económica — dice — en cuanto instrumental no tiene valor ético propio; lo tienen o no lo tienen los fines a los cuales ella sirve; lo tiene o no lo tiene el sujeto del cual ella emana. Considerada en sí misma y si no fija expresamente algún principio ético, es moralmente indiferente.

Sin duda, la actividad considerada en sí misma es moralmente anti indiferente, o sea según su propio objeto, prescindiendo de las circunstancias concretas. Tal es la tesis de S. Tomás que prevalece en la escuela cató-

lica contra la tesis opuesta de los scotistas. Producir, contratar, consumir según su objeto, — en abstracto —, no dice conformidad o disconformidad con las normas éticas. Hasta aquí estamos de acuerdo con el Prof. Lorenzoni. Pero no podemos seguirlo con las consecuencias que quiere sacar: "La exigencia — dice — que debe satisfacer la actividad económica es desarrollarse de una manera racional según la ley del mínimo medio para conseguir un resultado determinado o del máximo resultado con los medios dados".

Aquí se desciende de la simple consideración abstracta de la acción económica a la concreta, en la cual entra necesariamente la circunstancia del fin, o sea, la perspectiva del resultado o del máximo resultado.

¿Con qué criterio debe ser apreciado este resultado, o sea, el bien al cual tiende la actividad económica? ¿Con el criterio del egoísmo y del individualismo sin ninguna consideración de las familias, de la sociedad y de los intereses morales? ¿Si este resultado no es sino un medio para los fines morales — no puede serlo de otra manera tratándose se un bien al servicio del hombre — podrá considerársele independiente de este fin sin desnaturalizarle y quitarle su carácter de medio?

Se debe conseguir el resultado con el mínimo esfuerzo. Bien. ¿Y si el mínimo esfuerzo no es honesto, es necesario rechazarlo o nó? Los economistas lo rechazan en el hecho cuando las razones utilitarias no aparecen bien claras, lo cual significa que conscientemente no afirman la primacía de la moral sobre la economía.

Se dirá que de hecho los hombres actúan en el campo económico sin pensar en las normas éticas y en los fines morales, sino que procuran conseguir con el sacrificio menor la satisfacción mayor. El motivo edonístico es el motivo supremo y es tan poliforme que a él pueden reducirse todos los motivos aparentemente más diversos.

Sin duda, comerciantes, banqueros, industriales — como los viciosos jugadores de bolsa o los usureros — pueden considerar el

lucro como la finalidad suprema, a la cual todo debe subordinarse; pero ésta no es, evidentemente, una norma universal, ni las excepciones son tan reducidas como podría pensarse en el primer momento. Se encuentran entre los hombres movidos por el utilitarismo o el edonismo muchos otros sentimientos que lo acompañan moderándolo o frenándolo, como el sentimiento de la propia dignidad, de la independencia, del honor, de la familia, de la patria, de la nacionalidad, de la fraternidad, y sobretodo, los sentimientos de la equidad y de la religión, sentimientos que penetran en la misma actividad económica y acaso la dominan. De este modo, aunque actuando bajo la presión inmediata de lo útil, el hombre obra conforme a su naturaleza racional, sin excluir los fines superiores a lo útil y las relaciones objetivas que resultan de la misma naturaleza de sus actos.

Pero dando por hipótesis que sea universal el postulado edonístico, una economía que sea verdaderamente una ciencia para la vida, no podría aceptarlo como su postulado exclusivo, bajo pena de no ser otra cosa que la apoteosis científica del instinto egoísta. Una ciencia práctica — como es para nosotros la economía — no procura un orden ya formado, sino un orden para formar; y entonces, del mismo modo que la medicina no constituye sus reglas acogiendo prácticas irracionales, resulta que la economía no debe fundar sus leyes sobre el proceder instintivo de los hombres o la actuación de los más. La economía no es para nosotros una gramática que codifica lo que ya el uso ha fijado establemente en un lenguaje determinado, sino una pedagogía que no supone, pero que forma; el homo oeconomicus.

moral. “La moral, declara el enciclopédico escritor, tiene imperio sobre la vida pero no sobre los actos de la vida, mayormente cuando se trata de actos que ella no regula o no debe regular. Pero la moralidad no tiene imperio alguno sobre las formas o categorías del espíritu... Confundir los actos singulares de la vida, que son de incumbencia de la moralidad, con la forma universal del espíritu, y atribuir (1) a éste lo que se debe atribuir a aquellos, es un absurdo tan evidente que no podría ser admitido por quien tiene el hábito de las distinciones filosóficas”. (B. Croce: *Filosofía della pratica*).

Para la comprensión de esta profunda distinción crociana, recordemos que Benedetto Croce ha dividido la actividad del espíritu en dos regiones o formas ideales: la teórica y la práctica. Estas, a su vez, son divididas cada una en dos, sub-especies y de esta manera, de esta cuádruple actividad espiritual se forman por obra del filósofo idealista cuatro categorías: la estética y la economía que corresponden al hombre de acción. La economía, pues, como la lógica y la estética, no es sino actividad de espíritu, no es más que pensamiento, y, precisamente, pensamiento volitivo.

Por tanto para Croce no puede ser la economía — como ninguna otra ciencia — una ciencia práctica, porque cualquiera ciencia a la cual se aplicara un calificativo similar está fundada sobre el concepto de una finalidad. Croce no tolera la idea de un fin y la ha colocado, por tanto, entre el resto de los conceptos erróneos. Como, en la naturaleza, así en la voluntad humana no se encuentran puntos predeterminados, sino cambios de ruta, como en la actividad del nadador o del gladiador, que modifican respectivamente la exigencia del agua y los ataques del adversario. “El hombre (se entiende aquel de Benedetto Croce), obra por casos y de instante en instante; actuando su voluntad de cada instante no ya en aquel concepto abstracto que se llama “piano”.

Puesta esta premisa, nuestro filósofo no se está del todo equivocado para dirigirse contra la economía moralizada.

No queremos terminar nuestras reflexiones sin decir algunas palabras sobre otra objeción. Benedetto Croce, como habíamos anotado al principio, no sabe perdonar la fatuidad de aquellos que—como nosotros— proponen una economía subordinada a la

Si la economía no es más que pensamiento, pensamiento volitivo del individuo, y este pensamiento no tiene, no puede tener ningún fin preordenado, y cambia de continuo de dirección como pluma al viento, las leyes de la Etica no pueden encontrar ninguna cabida. Estabilidad y movilidad, capricho y seriedad, orden y desorden se excluyen.

Mas, estando estas premisas de Croce fundadas en el campo y en el absurdo del idealismo y de otras aberraciones filosóficas que no es del caso considerarlas es, pues, claro que la objeción pierde todo valor. Permanece, por tanto, siempre verdadero que los principios éticos deben no solamente dominar en la vida económica, sino también en la sistematización científica de ella.

LOS ARZOBISPOS DE FRANCIA Y LA CRISIS SOCIAL

Los Arzobispos y Cardenales de Francia, han dirigido al pueblo de este culto país, una luminosa pastoral sobre las enseñanzas que nos da la moral cristiana, para remediar la crisis social que azota al mundo.

Recuerdan, en primer lugar, los deberes y responsabilidades que tiene el hombre para con Dios, y como la sociedad debe proteger la libertad humana, sin la cual no pueden los ciudadanos cumplir con esos deberes.

Hablan, en seguida, de la institución natural de la familia "necesaria para la fe, para el bienestar y progreso individual de sus componentes y para la formación de la sociedad de la cual es la célula inicial. Debe estar sujeta la familia a las leyes de la unidad, indisolubilidad y fecundidad, que son necesarias para sus funciones y es menester además respetar la primacía del derecho de los padres sobre sus hijos, los cuales pertenecen a la familia antes que a la sociedad".

Entran, por último, a la grave cuestión de la organización del trabajo y de acuerdo con las doctrinas pontificias, sostiene el derecho y la conveniencia de que patronos y obreros constituyan asociaciones para armonizar sus relaciones humanas y procurar dentro de sus respectivas profesiones el bienestar común de unos y otros. Deben constituirse, dicen, comisiones mixtas conciliatorias y establecerse un organismo final de arbitraje para el caso de conflicto, evitando así la cesantía forzada y la huelga que son un desorden social. Estas instituciones elementales de organización profesional, recomendadas por los Pontífices nos irán poco a poco libertando — agregan — del actual "caos del individualismo y de la concurrencia, y es un anhelo que estos esfuerzos lleguen a constituir en bien del orden social una forma nueva y más perfecta de corporaciones profesionales con sus debidos cuadros y jerarquías, con sus reglamentos y jurisdicciones y con su derecho propio de representación ante los poderes públicos".

Pero la mejor institución, terminan los Arzobispos de Francia, no vale sino por el ideal moral que la inspira. "Por eso la Iglesia desea cuerpos profesionales que no estén animados del espíritu de lucha de clases, sino del espíritu de la justicia y de la caridad".

DISEMINANDO EL CONTAGIO COMUNISTA

Un conocido político que fué Ministro de Educación en las postrimerías de la Presidencia del señor Montero, ha rectificado en "El Mercurio" del 1.º Junio algunas apreciaciones del libro del General Sáez sobre la generalización del espíritu ácrata y revolucionario en el profesorado fiscal. Ha dicho el ex-Ministro señor A. G. Bravo que, a su juicio, sólo una pequeña parte de esos funcionarios docentes pueden merecer tal calificativo y cita el único caso de propaganda comunista en que a él le cupo intervenir en el desempeño de su cargo.

He aquí como él describe inteligentemente los sucesos ocurridos en la capital, en 1932, en uno de los más importantes centros de educación fiscal.

"Sólo una vez — dice — el Ministro se vió en la necesidad de actuar disciplinariamente: fué en el caso de cierto plantel educacional de Santiago. Mediante una investigación acuciosa llegó a comprobarse que en dicha escuela influencias extrañas, actuando sobre la mayoría del profesorado, estaban desarrollando subrepticamente una obra de incalificable sectarismo. Allí las maestras provocaban movimientos estudiantiles para solidarizar con los primarios que en la Penitenciaría habían declarado la huelga del hambre; allí, so capa de nuevos métodos experimentales, se comentaban sucesos y se propalaban ideas que forzosamente inducían a las alumnas a determinadas banderías político-sociales; allí se expendían entre las educandas entradas para las conferencias del señor Lafertte; allí, por las noches, se celebraban reuniones entre maestros elementos ajenos al servicio, en las que, empleando la luz, los útiles de escritorio, las máquinas de escribir, etc., de la escuela, se redactaban y difundían proclamas del Partido Comunista. La revista "Sucesos" publicó el texto de uno de estos documentos reconstituído de un hato de negativos de mimeografo que el mayordomo de la Escuela entregó al Ministerio".

¿Qué hizo en aquel entonces el Gobierno, después de conocer esta acción comunista tan gráficamente descrita, para impedir que esas activísimas y atrevidas propagandistas de ideas anárquicas continuaran sembrando desde la cátedra y con sueldo fiscal el germen de sus perniciosas ideas?

Van a verlo nuestros lectores.

Nos llenaríamos de asombro si se nos contara algún día que la Dirección de Sanidad, al descubrir un gran foco de contagio patológico, en vez de colocar a los individuos infeccionados en la imposibilidad de transmitir sus gérmenes a los demás los ha repartido libremente a diversos puntos poblados del país.

Pues esto y mucho más es lo que se hizo en esta circunstancia y ha continuado haciéndose en otras; se da a aquellos maestros animados de ese incalificable sectarismo anárquico que se repudía, cátedra de propaganda rentada en otra escuela fiscal.

He aquí como el ex-Ministro de nuestra referencia resolvió el caso, según sus propias palabras:

"El Ministro asesorado por diversos funcionarios, con el testimonio de algunas de las propias maestras del establecimiento, previa audiencia de todas las inculpadas y con diversos otros elementos de convicción, resolvió el caso disponiendo la reorganización de la escuela y el traslado de su personal — 15 maestras — a otros planteles de Santiago y de provincias".

"Era lo menos que se podía hacer", concluye el distinguido ex-Ministro como dudando el mismo de la eficacia de su resolución.

Revista de ideas y de hechos

Vida Económica.—Ha preocupado vivamente la atención pública la magna Convención Gremial de la Producción y del Comercio inaugurada el 11 de Junio. Por primera vez en la historia de la República las fuerzas económicas, firmemente cohesionadas, reclaman el puesto que les corresponde en la dirección de la vida nacional. Su voz se deja oír para proclamar el rol subsidiario del Estado frente a la iniciativa privada y para definir los principios que deben inspirar las legislaciones tributaria y social. “La representación directa de las fuerzas económicas en el Estado no es inconveniente ni daña el Poder Público”, ha declarado el Presidente de la Comisión organizadora, señor Jaime Larraín. “Queremos—agrega—que dentro del Estado los ciudadanos de trabajo tengan el influjo que les corresponde y no vivan arrojados del plano de la acción pública sin justificativo alguno, mientras los elementos que no sienten ni comprenden el fondo de los problemas económicos lo absorben todo y de todo disponen”. Por último, el señor Larraín propicia la creación del Consejo de Economía Nacional elegido por los gremios “que establezca la necesaria coordinación entre las industrias y el comercio, que dicte a éstos sus propias normas en materia de costo de producción, salarios y precios, que proponga y estudie las reformas que es indispensable introducir en la legislación tributaria y sin cuyo informe no pueda tramitarse ninguna moción legislativa o administrativa capaz de afectar a las funciones económicas. Necesitamos—concluye—un Consejo ajeno a las alternativas políticas y cuyos estudios no sólo abarquen las posibilidades del momento, sino que prevean y fundamenten el porvenir”.

La Convención Gremial de los productores y comerciantes ha significado pues el despertar de las fuerzas económicas de la República y su integración en la vida nacional. Parece constituir un paso hacia la organización racional de la producción y al establecimiento del régimen corporativo, de cuyas proyecciones en el campo político, auspiciadas por algunos sectores de la opinión, nos ocupamos en nuestra crónica anterior.

Vida Social y Religiosa.—El Secretariado Económico-Social de la Acción Católica ha organizado una jornada de Oración y Estudios para analizar nuestro problema social y el deber de los católicos frente a él. Los trabajos allá leídos y que estuvieron a cargo de distinguidos relatores, versaron principalmente sobre las relaciones de la Acción Católica y la Acción Social, la desorganización de la familia, la desocupación, la formación de círculos de estudios y de Secretariados parroquiales de Acción Social.

El mismo Secretariado Económico-Social celebró el aniversario de las Encíclicas “Rerum Novarum” y “Quadragesimo Anno”, con una solemne velada en la que usaron de la palabra el Excmo. señor Arzobispo de Santiago, el Director del Secretariado, representantes de sociedades obreras y de los estudiantes que forman la Liga Social de Chile.

El Problema de la Enseñanza. — Continúa debatiéndose con insistencia el problema educacional y se sigue señalando el fracaso del Estado docente, la necesidad de la enseñanza libre y la imprescindible reforma de los programas vigentes, abrumados de materias y de franca tendencia socialista. Se han constituido en diversas ciudades las Asociaciones de Jefes de Familia, que tienen por objeto hacer valer los derechos de los padres sobre la educación de sus hijos y que han presentado ya memoriales al Ministro del ramo para darle a conocer sus puntos de vista.

El profesor señor Francisco de B. Cifuentes ha sintetizado en estos térmi-

nos los resultados desastrosos de la enseñanza fiscal: "Un sistema que de cincuenta mil alumnos han fracasado más de cuarenta y ocho mil; un sistema que destruye la inteligencia, la memoria, la salud y la alegría que es el dón más precioso de la niñez; un sistema que produce alumnos que insultan Embajadores extranjeros y Rectores de la Universidad, que asaltan y destruyen su Salón de Honor y que durante varios años han vivido en perpetua huelga, cantando la Internacional y endiosando a Lenin; y, por último, un sistema que mata a los profesores antes de que puedan obtener su legítimo y merecido descanso, es el peor, el más lamentable de los sistemas de enseñanza".

Dando respuesta a las críticas hechas a la educación fiscal, el Presidente de la República declaró lo siguiente en el Mensaje de apertura de las sesiones ordinarias del Congreso, leído el 21 de Mayo: "Los problemas de enseñanza no son sólo exclusivos ni privativos de los padres de familia, pues por sobre aquellos derechos sagrados que yo respeto, existe el interés social superior que exige la formación de ciudadanos idóneos y aptos para cooperar al bienestar y progreso de la colectividad social. La coordinación y la supervigilancia en materia de enseñanza es función del Estado por disposición expresa de nuestra Carta Fundamental y por ser ese también el único poder que representa los intereses generales".

Vida Internacional. — Optima impresión ha causado el acuerdo suscrito el 24 de Mayo en Río de Janeiro por los representantes de Colombia y Perú, que pone término al problema de Leticia. La solución de este litigio, que representa una nota de optimismo en la vida internacional sudamericana, se debe principalmente a las acertadas gestiones del ex-Canciller del Brasil señor Afranio de Melo Franco.

Entre tanto la cuestión del Chaco turba aún la paz del continente, pues mientras la Liga de las Naciones hace desesperados esfuerzos por llevar a los beligerantes a un acuerdo, Paraguay y Bolivia se batan sin cuartel. El capitán inglés Eden ha propuesto en la Liga que los Estados vecinos establezcan el control del transporte de armamentos a los combatientes, y pedido una acción inmediata para "poner alto a esta destrucción de hombres que no tiene sentido". Pero el Comité de Juristas del Chaco decidió que el embargo de armas era un asunto político y no jurídico...

Mientras siguen las estériles discusiones de Ginebra los agentes secretos de Bolivia y Paraguay hacen grandes pedidos de armamentos a las fábricas europeas, pues han entendido que todo contrato celebrado con anterioridad a la aplicación del embargo — en caso de realizarse este último — será respetado y que la entrega del material bélico construido bajo tales órdenes no será impedida.

J. E. G.

LIBRERIA CORNEJO

AHUMADA 21 — TELÉFONO 83978

Atendemos pedidos especialmente de Colegios, Conventos, Parroquias, etc.

PEDIDOS POR MAYOR DE LAS CORPORACIONES

EL 10 POR CIENTO DE DESCUENTO.